

Se está agotando

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO



EDITORIAL ATLÁNTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos, -Norte, 21.-Madrid.

**LA NOVELA
DE NOCHE**





Las simulaciones
de Charito.

8.

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 30 de septiembre de 1926 Núm. 61

Las simulaciones de Charito

NOVELA

POR

Clara Isabel de Sade

Ilustraciones de *Demetrio y Herreros*.

—
UNA PESETA
—

MADRID

IMPRENTA ARTÍSTICA, SAEZ HERMANOS
NORTE, 21. - TELÉFONO 17-65 J.

1926

Rosario Cifuentes sale del colegio.

Adelina llamó a la campanilla, y de pronto, silenciosamente, la puerta se abrió; una monjita, la portera, dijo, con voz dulce y un poquito gangosa:

—¿Es usted doña Adelina? Pase a la sala de visitas. ¿Quiere que llame a la madre Anunciación? También verá usted a Charito. Ayer volvió a estar castigada, según me dijo Sor Joaquina; todas las hermanas se quejan de ella; es adusta, desobediente y presumida. ¡Dios nos libre de las vanidosas!

La hermana portera, al ver que Adelina tan sólo afirmaba con la cabeza, sin contestar, continuó:

—La única que la quiere y hace de ella grandes elogios es Sor Marfa de la Azucena. ¿La conoce usted?

—Sí, hermana—dijo Adelina, con su voz

reposada y grave—; es una hermanita joven que, según me dijo Charito, estudió Filosoffia y Letras en el siglo, como ustedes dicen. Me pareció muy agradable y muy inteligente...

—Lo importante es que es muy buena y muy celosa de sus deberes; todo lo demás, doña Adelina, son vanidades que de nada sirven al presentarnos ante Dios.

Adelina sonrió. Le era simpática la ingenua portera, que entró en Religión a los quince años, y que, a los cincuenta, abominaba del mundo, que nunca conoció, y aún creía en el diablo.

—Y ¿dice usted, Sor Joaquina, que Sor María de la Azucena hace grandes elogios de Charito?

—Sí, doña Adelina; dice que jamás ha pasado por su clase otra discípula tan lista y que tan bien comprenda sus explicaciones. Siempre es ella la que tiene el primer premio de aplicación; pero yo creo, doña Adelina, que sería preferible que tuviera el de conducta y el de piedad... ¡Ay, Dios mío! Perdóname, es mi gran pecado tanta palabra ociosa; voy a llamar a la Madre.

Adelina quedó sola en el gran salón de visitas. Lo examinó. Era una pieza amplia, con sillas de anea alineadas contra los muros. Sobre un velador de mármol había una estatua, sin mérito, de la Virgen niña; delante de ella unos floreros con flores artificiales. Colgaba de los muros un gran cuadro de San Vicente de Paul, con su cara de viejecito bueno, de mago cari-



tativo, con un niño de la mano y otro angelote rubio y dormido recostado sobre su pecho. Otros cuadros religiosos, sin importancia, adoraban las paredes; esto era todo.

Casi no la dió tiempo a Adelina a ponerse de pie; como una sombra, deslizándose, entró la Superiora. Con voz dulce, acostumbrada a repetir las palabras litúrgicas de la Salve, pre-guntó a Adelina:

—¿Viene usted por Charito? Ayer se lo anuncíe y la alegría brilló en sus ojos; tiene prisa por dejar estos muros y conocer el mundo. En los veinte años en que por la gracia de Dios dirijo esta Casa, nunca he dado con una niña de carácter tan arbitrario y tan original como el de su hermana. Tiene buen corazón y una gran inteligencia; pero es necesario, doña Adelina, que usted dirija su imaginación y sus amistades. Nada en ella es duradero; yo creo que el ejemplo de usted, ahora que ya está en edad de comprender, le será beneficioso. Hoy he aplicado la Comunión por que Dios la haga buena y feliz. La hemos tenido tanto tiempo con nosotras, que no puedo dejar de sentir pena al verla alejarse de aquí. Yo sé que la confío en buenas manos; todas las hermanas han admirado siempre su sencillez, y la hermana portera dice que no ha visto señora tan modesta como usted, a pesar de ir siempre elegante y de seguir la moda. Yo espero que Dios la ayudará para hacer de nuestra niña una mujer de provecho y una buena cristiana.

Sor María de la Anunciación salió y volvió

pronto, con una colegiala rubia y bonita de la mano.

Charo se precipitó en brazos de su hermana. La emoción no la dejaba hablar. Después, sin decir nada, presentó su frente de Minerva a Sor María de la Anunciación. La Superiora la rozó con sus labios y dijo con voz que procuraba hacer firme:

—Adiós, Charito, sé buena, y no nos olvides. Tienes inteligencia y buen corazón; procura contener tu fantasía y déjate dirigir por tu hermana. Si este mundo, que tanto deseas conocer, te produce algún dolor o alguna pena, acuérdate que en la casa del Señor te recibiremos siempre con gusto.

Adelina se despidió de Sor María de la Anunciación, la dió gracias por las bondades que con Charito había tenido, y las dos hermanas salieron del convento.

Siete años estuvo Charito en aquella santa casa. Cuando murió su padre, el coronel Cifuentes, las dos hermanas, Adelina y Rosario —Charito, como la llamaban todos—, quedaron muy pequeñas; la mayor tenía apenas doce años y tan sólo ocho la más pequeña. Como no tenían parientes próximos, Adela fué a vivir con su madrina, una solterona autoritaria y extravagante, con algún dinero, que no quiso hacerse cargo de Charito a causa de su carácter voluntario e inquieto, en el que ya se acusaba una gran personalidad.

Adelina, dulce, reflexiva y tranquila, se plie-gaba a todos los caprichos de su madre adop-

tiva y era feliz con ella. Rosario, al mes de morir su padre, ingresó en el colegio de huérfanas de militares.

Su imaginación se desarrolló notablemente en el silencio forzoso del colegio, y con las novelas que leía, ocultándose de las monjitas.

De naturaleza sana y fuerte, la chiquilla tenía necesidad, para vivir, de aire, de luz, de movimiento.

Desde hacía dos años, el tiempo que llevaba Adelina casada con Mauricio Heredia, un pintor *que prometía*, según los críticos, el sueño de Charito fué abandonar aquella *cárcel*, como ella denominaba siempre a la pensión, cuando se reunía con alguna compañera de alma inquieta como la suya.

Ahora, como una sonámbula, pareciéndola imposible estar libre, caminaba del brazo de Adelina, y la nena se avergonzaba del trajecito negro de estameña y de sus zapatos fuertes y sin brillo que martirizaban sus piececitos de Musmé. Miraba con envidia a las jovencitas vestidas y peinadas a la moda; pero lo que la producía un dolor casi físico era contemplar las medias de seda, finas y brillantes, y verse sus piernas enfundadas en las suyas de algodón negro. Comparó el dibujo de sus piernas con las que veía, y esto la consoló. Podía decirse que eran perfectas. Una de las cosas más difíciles de tener bonitas son las piernas. Fijádonos bien, encontramos más rostros lindos. Una mujer con las piernas verdaderamente perfectas es rara. Hay muy pocas que guar-

den armonía con el cuerpo. Las unas son cortas, de tobillos gruesos; otras, demasiado delgadas, tanto, que nos da la impresión de que su dueña va sobre zancos. A pesar de esto, es preferible la pierna fina; hace la figura más esbelta, más elegante. Una mujer baja en *deshabillé* y con las piernas gordas, es francamente ridícula.

—¿Estás contenta, Charo?—preguntó sonriendo Adelina, cuando tomaron el tranvía de Pardiñas.

—Sí; estoy encantada—dijo la nena—; tenía tanta gana de salir de aquella cárcel. Todos los días hacer lo mismo, a mí que me gusta tanto variar. ¡Cómo me he aburrido! Siempre fingiendo, sin poder acusar mi personalidad, teniendo que ser, como decía Sor Micaela, un cadáver galvanizado...

La chiquilla miraba ávidamente la calle de Alcalá; veía pasar a las mujeres envueltas en pieles, taconeando gallardas y provocando la admiración. Algunos hombres se aproximaban a ellas y debían decirles frases bonitas, porque por todas las caras pasaba como un relámpago contenido de vanidad satisfecha. La colegialita, sin darse cuenta, deseaba que a ella también la dijeran cosas agradables.

—¿Te gusta la calle de Alcalá? Es muy bonita, muy simpática y muy acogedora. Yo que, como ya sabes, conozco París y Londres, no he visto ninguna vía tan alegre como ésta. Los grandes Bulevares y las anchas Avenidas nos producen admiración; una admiración fría,

sin un grito; tan sólo a esta calle deseamos *piropearla*, como dice con mucho acierto el simpático escritor madrileño Ramírez Angel.

Adelina se levantó.

—En la primera, haga el favor—dijo al cobrador.

Y las dos hermanas penetraron en el portal de una casa de estilo español.

Atravesaron un patio y cogieron un ascensor.

—¿Hay dos ascensores en la casa?—dijo Charo—. ¿Por qué no hemos cogido el otro que es más bonito?

—No podemos; éste es el ascensor para los pisos interiores; ya verás cómo es muy alegre; a Mauricio le gusta porque tiene mucha luz en su estudio, y a mí, por el cuarto de baño.

Llamaron. Una criadita muy pizpireta salió a abrir.

—¿Es la hermana de la señorita? Es muy guapa. No se parecen ustedes nada. Usted, señorita Adelina, con el pelo tan negro, tan brillante y tan liso, y su hermanita tan rubio y tan rizado. ¿Es que ha ido a ondularse?

Charo soltó la música de su risa.

—¿Para qué? Lo tengo así—dijo con orgullo—. Y eso que estoy muy mal peinada, me hacían ponerme el pelo tan tirante...

Como dijo muy bien la doncellita, el contraste entre las dos hermanas no podía ser más extraordinario.

La mayor era más bien baja. Debido, sin duda, a la proporción armónica de su cuerpo, daba la impresión de pasar la estatura media,



aunque no llegaba a ella. Con el pelo azulado, de tan negro, su palidez mate y la corrección de su nariz, casi recta, y de su boca de labios finos y rosados—boca hecha, tal vez, para besar, nunca para morder—, daba la impresión de una mujer cordobesa. Era bella, con una belleza dulce y serena de mística, con una belleza de esposa. Se concebía que un hombre la quisiese hasta el matrimonio, nunca hasta el suicidio.

Charito en nada se parecía a Adelina. Muy alta, llevaba casi la cabeza a su hermana; parecía tener veinte o veintidós años, en vez de diez y seis. Su cuerpo macizo, duro y desarrollado, daba la impresión de haber sido creado para el amor. No tenía las líneas clásicas de las estatuas griegas, pero ningún hombre, viéndola desnuda, podría contemplarla sin sentir el aguijón de la lujuria y los dardos del deseo irrefrenable y de la sensualidad, que busca todos los caminos para satisfacerse. Las piernas, largas, muy derechas, como dos columnas de alabastro, tal vez demasiado finas para su cuerpo, prestaban a su figura más elegancia; tal vez tenía los senos demasiado grandes, pero eran tan blancos, tan duros y con los botones rosa tan pequeñitos, que el ser un poco grandes sólo servía para darla mayor encanto sensual. La espalda, muy blanca, un poco hundida en el centro, parecía tener trazado el camino de los besos peligrosos, que preparan a todas las locuras. Pero lo que le daba más aspecto de mujer fuerte eran sus flancos po-

derosos de amazona del amor, sus caderas anchas y tan duras que no dejaban hundirse los dedos en ellas. La piel, muy blanca, muy suave, cruzada por la red de las venas, parecía estar pidiendo unas manchas moradas para romper la armonía del color.

El rostro, sin tener la perfección de los rasgos del de Adelina, era más personal. El pelo, rubio, ondulado, la coronaba como con un casco de oro desvaido; la frente, tersa, blanca, formando una ligera hundidura en el centro; los ojos, dorados—dos divinos ópalos—; ojos cambiantes, acerados y crueles, a veces, como las aguas de los pantanos cuando se revuelven; otras, verdosos, ingenuos, limpidos. Sus ojos cambiaban completamente su fisonomía, haciéndola buena y atractiva o cruel y casi odiosa. Su boca, de labios desiguales, más fino el de arriba que el de abajo; boca de María Antonieta o de Salomé, boca de grande amadora, boca pérflida, boca canalla; tenía el encanto de ser pequeña cerrada, y grande abierta, cuando dejaba al descubierto los dientes iguales, agudos y brillantes, hechos para el mordisco, y que brillaban hasta en la oscuridad de una manera alucinante. Su rostro, con la boca cerrada, tenía el encanto enfermizo de un perfil de *fin de raza*, encanto aún mayor por el contraste con su cuerpo, sano y fuerte.

—¡Luisa!—dijo Adelina a la criadita—, acompañe usted a la señorita Rosario a la habitación; yo voy a desnudarme y a dar una

vuelta por la cocina. Mauricio poco puede tardar.

Charito y Luisa entraron en una habitación pequeña y alegre. Tapizada de tonos claros, las grandes flores gigantescas que cubrían los muros, enlazadas unas con otras, la daban un aspecto original. En medio, una camita dorada, cubierta por una colcha de damasco azul viejo; a la cabecera había una Concepción pintada por Mauricio, muy bien de técnica y de color, pero con un encanto tan grande de mujer y una boca tan sensual, que fácilmente se adivinaba que Mauricio Heredia no había nacido para pintor místico. Estantes con paños muy blancos y llenos de *bibelots* modernos; dos *corbeilles* con violetas; un armario Luis XV y el suelo cubierto por una alfombra *azul pavo*, completaban el adorno de aquel dormitorio tan juvenil.

Charito, después de recorrerla con la vista, se puso a palmotear.

—¡Qué bonita, Luisa, qué linda es! Qué diferencia del dormitorio del colegio. Es muy buena mi hermana.

—Buena, señorita—contestó Luisa—, es poco: una santa. Tan cariñosa, con un carácter siempre igual y, además, muy mujer de su casa... Perdone, señorita, voy a abrir. ¿No ha sido usted el timbre?

Charito no contestó, entretenida como estaba en formar un bucle con sus cabellos y en cambiar su trajecito de estameña por un *verde jade* que le tenía preparado Adelina. Se exa-

minó y se encontró bien; hubiera continuado admirándose, pero su hermana la llamó:

—¡Charo, hija mía, ven, que ya está aquí Mauricio!

Entró en el comedor, donde estaba su cuñado. Este se levantó.

—Mauricio, mira a mi hermana—dijo con cierto orgullo Adelina—, y cómo se ha arreglado la mocosa... ¡Si parece otra!

Mauricio Heredia la tendió la mano; su mano pequeña y suave, mano de príncipe que nunca ha trabajado y que no servía más que para pintar y para acariciar, como él decía.

Rosario la cogió un poco temblorosa.

—Estás hecha una mujer, Charito; una mujer muy guapa y nada vulgar. Tienes mucho carácter y quiero hacerte un retrato.

La nena enrojeció y nada dijo. Adelina soltó una carcajada.

—Miren los etiqueteros—exclamó, observándolos con sus ojos que no sabían de engaño—. ¿Charito, por qué no besas a Mauricio? Debes mirarle como a un padre.

La chiquilla dió un paso atrás, sus ojos adquirieron un color acerado y contestó, esforzándose por sonreír:

—Es muy joven para ser mi padre; además, sólo le he visto dos veces en mi vida.

Mauricio, halagado por las palabras de la deliciosa muñeca, dijo, afectuosamente:

—Bueno, Rosario, si no quieres mirarme como a un padre, Adelina ha exagerado, deseo ser para ti un hermano mayor, a quien se le

cuenta todo, sin ocultarle nunca nada. ¿Quieres?

Rosario asintió con la cabeza.

—Ahora, a cenar—dijo Adelina—. Ya verás, Charito, cómo lo querrás mucho. ¡Es tan bueno!...

Para Adelina Cifuentes no había otro hombre como Mauricio Heredia. Más que cariño, lo que sentía por él era una adoración fanática. Mauricio, mucho más complicado que su mujer, también la quería; le parecía que los besos y el cariño de ella, su amor ingenuo, purificaban su alma, haciéndola mejor. Adelina era el equilibrio; además, le halagaba el fanatismo ciego que sentía por él.

Mauricio Heredia quedó muy niño sin padre, un abogado que nunca ejerció y que tiró toda su fortuna con mujerzuelas y toreros. Su hermano Antonio, que era arquitecto, tenía toda la psicología del padre; del señorito sensual, mediocre y antiliterario, Mauricio parecía tan sólo *hijo* de su madre. Una mujer triste, que sonreía cuando posaba sus labios quemantes en los ojos, en las mejillas, en la frente del niño. El pintor nació con una sensibilidad enfermiza; para callar su llanto, su madre, una verdadera artista, tenía que sentarse delante del piano, y tocarle cosas de Beethoven, de Wagner, de Chopin.

Por las noches, antes de dormirse, su madrecita, que cada día estaba más blanca, más irreal y más triste, se sentaba como un divino espectro a la cabecera de su cama para reci-

tarle versos de Bécquer, de Campoamor, de Musset. Tan sólo así se quedaba dormido.

Al llegar a los diez y siete años—ya la crítica se había ocupado de él como de una esperanza—, murió su madre, y entonces, como si sólo ella mantuviese adormecida la mala influencia de la sangre del padre, que Mauricio llevaba en las venas, la herencia apareció terrible, impetuosa, irrefrenable. Los agujones del deseo, de la sensualidad más desbordante y más desquiciada se clavaron en su carne; en una de estas crisis conoció a Adelina y se casó con ella, deseoso de unir su alma, un poco turbia, a la de aquella mujer tan sana de espíritu.

Adelina se enamoró ciegamente del pintor, con cariño lleno de ternura. Le quiso como madre, como esposa, como hermana. Lloraba oyéndole contar, con su voz dulce y apasionada, que tenía el encanto malsano de un bebedizo, los recuerdos de su infancia.

Mauricio era un hombre que gustaba a todas las mujeres de sensibilidad y de inteligencia. A las de poco espíritu, no las interesaba.

De estatura media, más bien alto, sus movimientos tenían una indolencia musulmana. El rostro mate, pálido, como si constantemente le estuviera dando el reflejo lunar; los ojos, oscuros y brillantes, sombreados por unas cejas negras, formando las dos un solo arco, cejas de *gettatore*, de magnetizador, de hombre voluntarioso. Sus ojos no eran interesantes ni por el brillo, ni por el dibujo, sino por la luz es-

piritual que brillaba en ellos, ofreciendo el contraste de su naturaleza, cerca de su boca encendida, de labios gruesos y sensuales; boca de vampiro insaciable, de maestro del beso; boca que, al mirarla, hacia que todos los botones rosa de los senos de las mujeres se irrigaran esperando la caricia sabia de sus labios. Su boca era lo más saliente de su fisonomía; a pesar de ser pequeña, parecía que la llenaba por completo, y que todo él era una gran boca para morder y besar enloqueciendo.

El mismo contraste que había entre sus ojos y su boca, era el que existía entre su temperamento sensual y místico. Mauricio Heredia era siempre un artista; llegando en amor a las cosas más feroces, sabía idealizar todos los instantes con sus palabras de poeta, porque el pintor había leído mucho, de una manera desordenada, sobre todas las cosas; desde los más absurdos folletines hasta los libros de H. P. B. Era un intuitivo y su espíritu, inquieto, deseaba bucear en los misterios de la vida y de la muerte.

Charito no habló nada durante la cena. Mauricio se dispuso para salir.

—No vuelvas muy tarde del Círculo—dijo con su voz suave Adelina.

—No, chiquilla, no—contestó Heredia, acariciando los cabellos de su mujer—. Que pases buena noche, Charito, y si te pasa algo, llámanos.

—Gracias; tengo mucho sueño y creo que dormiré bien—dijo Rosario, mirando, a pesar

suyo, la boca de Mauricio Heredia, que la hipnotizaba.

II

Charito es un temperamento...

Una vez en su habitación, Rosario se desnudó lentamente y se metió en el lecho. Tenía fiebre. Sus ideas estaban embarulladas y sus sienes la latían con violencia. No sabía qué pensar; comprendía que su cuñado le había interesado desde el primer momento, y que haría todo lo que él quisiera, a pesar de tratarse del marido de su hermana.

Oyó el ruido de la puerta al abrirse y, poco después, la voz de Mauricio Heredia, hablando con su hermana. La nena escuchó ávidamente, con el corazón martilleándose el pecho. Oía el chasquido de los besos, y la virgencita se reforzaba en su cama, de rabia y de deseo. En aquel momento odiaba a Adelina, que recibía las caricias de Mauricio, mientras ella, que era más bonita, mordía las sábanas para que no se oyieran sus sollozos. ¿Qué le había pasado? ¿Qué poder embrujador tenía aquella boca? Era preferible la muerte, que saberle allí tan cerca poseyendo a una mujer que no era ella. ¡Cómo suspiraban los dos! Al fin, todo quedó en silencio, y en la oscuridad, la virgen sensual veía claramente la boca del pintor, sonriendo

irónica. Se apretó los ojos con las manos y continuó viendo los labios alucinantes, rojos como la tentación, que la enviaban besos.

Durante el estado delicioso que precede al sueño, aquella boca se acercó aún más, y Charito sintió de una manera *real* los dientes de Mauricio, que la mordían en los labios y en las magnolias blancas de los senos.

—Alucinación? Quién sabe... Mauricio Heredia, dormido tan cerca, tal vez soñaba que la besaba y que la mordía, y el deseo le haría desdoblarse.

Charito se quedó dormida. En sueños siguió viendo la boca de Mauricio, rodeada de antenas, como si fuese un pulpo gigantesco, que en vez de cabeza tuviera dos labios voraces. La boca se posó sobre la suya, y los brazos del monstruo rodearon su cuerpo. La encantadora chiquilla se estremeció de placer y de terror. El monstruo la clavó los dientes en los labios, macerándoles, hasta hacerles sangrar; la boca deseada y maldita la besó en el cuello y llegó hasta los senos, mordiendo y acariciándolos, volviéndola loca de placer y de dolor. No quedó un rinconcito en su cuerpo que aquella boca de perdición no besase y no mordiese; recorrió su vientre, los muslos, el sexo; mientras el pulpo apretaba sus antenas, produciéndola una sensación extraña de repugnancia y de placer.

El día estaba ya muy avanzado cuando Charito se despertó. La dolía la nuca de una manera horrible, como si hubiera pasado la más frenética noche de amor.

De un salto se tiró de la cama, abrió las ventanas y se puso delante del espejo. Aquellas horas la habían transformado, parecía más mujer; tenía los ojos rodeados de ojeras azules, y el gesto de su boca era más canalla. Desató los lazos de su camisita de vuelta rosa y apareció desnuda ante el espejo. Asombróse al no ver en su cuerpo ninguna huella de la boca que la noche anterior la enloqueció de amor y de terror. Reaccionó pronto.

—¡Bah!, estoy un poco loca, enferma de literatura. No me voy a atrever a mirar cara a cara a Mauricio... Si él supiera... Yo deseo sus besos. No tengo la culpa de no haberlo conocido antes que se casara con mi hermana. Además, con que me bese a mí, ¿qué pierde ella? Nada. La que tiene que perder *algo* soy yo, y no me importa...

III

En un taller de modistas.

—Mira, Charito—decía dos o tres días después Adelina—, yo creo que debes empezar a ir al taller de Madame Puget. Es una señora muy agradable. A mí me ha hecho dos o tres vestidos, y te tratará como a una hija. Tienes gusto y eres lista, y aprenderás pronto lo suficiente para que nos vistas a las dos. Dime, ¿qué te parece?



—Llévame; no tengo nada que hacer y me aburro; allí me distraeré—contestó alegremente Rosario.

—Bueno; pues vistete y voy a presentarte. Además—añadió la buenaza de Adelina—, quiero que te dé el aire, tienes unas ojeras terribles.

—*No hay motivo*—contestó con cinismo la diabólica inocente.

En la calle, la belleza de Rosario Cifuentes llamaba poderosamente la atención; era vistosa y, además, se desprendía de su cuerpo, rojío, antes de conocerlo, por el tercer pecado, una emanación sensual tan fuerte, que dejaba tras de sí un reguero de lujuria y de deseos.

Un viejo muy limpio, el tipo representativo del *viejo verde*, se acercó a Charito y la dijo lo que desearía hacer con ella. Adelina enrojeció.

—Dios mío!—dijo—, va llegar día en que no se pueda salir a la calle. ¡Es horrible!

—Te asustas por nada—dijo con calma Charito—; a mí todo me deja tan fresca. Nada sé, pero no me asusto. Al menos, es sincero. ¿Por qué no ha de decir lo que desea hacerme?

—Cállate, Charito. No digas *horrores*, hija mía. Yo no soy niña; una mujer de un artista no debe tener prejuicios, pero de eso a dejar de indignarme oyendo ciertas cosas, hay un abismo. No sé de dónde has sacado estas ideas; tan sólo te llevo cinco años, y parece que nos separa una generación.

—Dices bien—dijo la nena, riéndose—; lo

comprendo todo y no sé asustarme por nada; las cosas que los novelistas nos cuentan, creyendo *epatarnos*, me hacen reír. Yo haría cosas más feroces o más sublimes que todas las heroínas que conozco, yo...

—Tú lo que tienes que hacer—dijo Adelina, cariñosamente, y como a quien se le habla en un idioma desconocido—es no ser tan loquita y atravesar la calle, que en ese portal de enfrente vive Madame Puget.

Josefa López—Madame Puget, como hacía que la llamasen—era una jamona aún guapa, dueña de un taller muy acreditado, donde se vestían la mayor parte de las aristócratas. Se hacia pasar por francesa, y en su conversación mezclaba horriblemente los dos idiomas. Con su clientela guardaba bien las formas, pero cuando se enfadaba, salía la chula de Lavapiés—barrio en que nació—, y los timos y alguna palabra fuerte venían a mezclarse con el idioma de Molière. Sus oficialas la querían mucho, porque era buena y comprensiva.

Adelina hizo que la anunciasen, y pronto Madame Puget estuvo ante ella.

—*Oh, ma chère madame!* ¿Viene usted a encargarse *une autre toilette*?

—No, señora—dijo Adelina—; ésta es mi hermana Rosario y quiero que aprenda con usted, para que haga nuestros vestidos.

—*Oh, très bien; elle est très gentille!* Puede usted mandarla cuando quiera; si tiene gusto, yo haré de ella *une bonne tailleuse*.

—¿Puedo quedarme esta tarde?—preguntó

Charito—. Así hoy me haré cargo y mañana traeré lo que necesite.

—*Oui, ma petite;* voy a llamar a la encargada para que la pase al taller, *pendant* que enseño *quelques jolis modeles* a su hermana.

Charito se quitó el sombrero y siguió a la encargada, que penetró en una habitación grande, en la que trabajaban veinte o veinticinco jovencitas. Levantaron las cabezas, y todos los rostros se volvieron hacia Charito.

La encargada la hizo sentar a su lado. Rosario las examinó. Las más de ellas eran bonitas, con caras picaras y ojos de fuego. En nada se parecían a las modistas de hace diez años: con el pelo hacia atrás, lleno de bandolina, y su mantón alfombrado en invierno, y de crepón en verano.

El conjunto de muchachas que veía Charito, más bien parecía el *elenco* del Reina Victoria. Muy bien calzadas; con sus medias de seda clara, sus cejas hechas y sus uñitas pintadas; tan sólo en la manera de hablar: gráfica, cortante y graciosa, no podían ocultar que eran de Madrid.

Una vez que la encargada salió, todas comenzaron a levantar la voz al mismo tiempo.

—Que nos lo cuente Rosita; dejarla hablar a ella sola—dijo una morena de nariz respingona y boca encendida.

—Pues nada, chica, que por poco nos pegamos. Ya sabes lo que yo quiero a mi novio, hace cinco años que hablamos; todo el tiempo que lleva en casa de Alesanco, y yo en el ta-

ller. Pues la niña *litti*, con el pretexto de ir a comprar unos guantes, se estaba de *cháchara* con él, sacándole de sus casillas. Hoy pasé por allí, la vi, y me esperé a que saliera. Me acerqué a ella, y para qué queréis saber... En seguida, cuando la llamé ya os podéis figurar el qué, salió con su muletilla de siempre, diciendo que ella podía ir a cualquier hora a un *reconocimiento*, mientras que yo... Me cegué, y la dije lo que sabemos todas: que no viene al taller la mitad de los días porque gana más dinero con los viejos del Casino; que muchas la habíamos visto entrar, escondiéndose, por la calle de la Aduana, y que por eso puede gastar medias de veinte pesetas... Se puso muy encarnada y no creo que vuelva más por aquí; con sus viejos tiene bastante.

—¡Qué cochina!—gritó una muchacha con el pelo negro y rizado.

—¡Miren la mosca muerta!—dijeron otras.

—¡Que viene la encargada!—exclamó Pili, la chulesca aprendiza, y todas las cabecitas, rubias y moreñas, se inclinaron sobre la labor.

Doña Margarita, la encargada, una gaditana muy simpática, se dirigió a las muchachas, con su agradable ceceo andaluz:

—¡Hipocritonas, creéis que me la dais! Sabe Dios qué cosas habréis estado diciendo; sin duda, esta señorita—miró a Charo—se habrá asustado.

—No me asusto por tan poco—dijo Rosario, resueltamente—; además, lo que han dicho no tiene nada de particular.

Todos los ojos se volvieron hacia ella, y desde aquel momento se ganó las simpatías de las modistillas. ¡Bien se veía que no era una niña *pera*!

—¡Carmen!—llamó la encargada.

Una muchacha muy alta, esbelta; un tipo de estrella de *film*, se dirigió, con pasos menudos y moviendo las caderas rítmicamente, hacia doña Margarita.

—¿Qué deseaba?—preguntó, con una voz franca, de timbre simpático.

—Mira—dijo doña Margarita, en voz baja—, quiero que te encargues de esta señorita, que es hermana de una cliente, y que la vayas enseñando—añadió, dirigiéndose a Rosario—: Carmen del Val tiene mucho gusto; además, se harán ustedes amigas. Es hija de un médico, y hasta que murió, hace dos años, Carmen ha estado en muy buenos colegios.

Las dos muchachas se marcharon juntas hacia el sitio que acababa Carmen del Val de dejar.

Charito la examinó rápidamente y la agradó, por su mirada franca y su voz, que tan bien correspondía a la expresión de sus ojos.

Rosario, como todas las grandes instintivas, necesitaba un examen muy ligero para juzgar a las personas; en el primer instante la eran simpáticas, y entonces todo estaba bien, o antipáticas, y esto era para ella el mayor crimen.

—¡A recoger!—gritó doña Margarita, y las chiquillas, como si fuesen una bandada de pá-

jaros alegres, salieron a la calle, no sin antes pasar por el tocador, para sombrear sus ojos con *rimmel* y acariciar sus labios con los tubitos rojos del Dorin.

Carmen y Charo se encontraron juntas en la Gran Vía.

—¿Dónde vives? —dijo Carmen—, y perdona que te hable de tú.

—En Pardiñas.

—Yo en Claudio Cuello; si no te espera tu novio, podemos irnos juntas.

—Hace tan sólo ocho días que salí del colegio —contestó con tristeza Charito —y no tengo novio. ¿Y tú?

—Yo, sí —contestó Carmen del Val, y sus ojos brillaron con brillo de lágrimas —; es un muchacho muy bueno y muy guapo; ahora está en África.

—Ya volverá, no te apures; y erais tan sólo... Perdona, quiero que seas mi amiga de verdad y que me cuentes todo. Tan sólo *novios blancos*, de esos que pasean por las calles y van todas las mañanas al Retiro a robarse besos.

—Novios blancos, como tú dices, Charito, lo fuimos dos años; Federico me quería para casarse. Nunca me propuso nada, y yo no se lo iba a proponer a él.

—¿Por qué? —dijo Charo, haciendo con la boca un mohín desdefioso.

—No sé... Está feo... Esas cosas deben proponerlas los hombres.

—Bueno, ¿y después? —preguntó la nena, brillándole los ojos.



—Pasó lo que tenía que pasar; dos días antes de irse a Melilla, le hice el regalo de mi cuerpo, la dádiva que él deseaba más. No quería que se fuese con un deseo que yo podía satisfacer; así, aunque me lo matasen, yo me quedaría más tranquila.

—Y tu madre?

—Nadie lo sabe más que tú; ella se cree que estoy como *es debido*. Se llevaría un disgusto...

—No lo entiendo, Carmen. ¿Por qué ese afán de conservar una cosa que para nada sirve? ¿Es que un vaso de oro que tenga un valor real, deja de tenerlo porque hayan bebido en él?

—No, Charo; y ahora, hasta mañana; me he entretenido y mi madre estará tranquila.

—Adiós, y tanto gusto en conocerte. Es extraño, me parece que somos amigas desde hace mucho tiempo.

IV

Lágrimas verdaderas.

—¿Qué tal, señorita—dijo Luisa al abrir la puerta a Charito—, lo ha pasado usted bien?

—Sí, Luisa; he estado muy contenta; esas muchachas son muy francas; al menos, aparecen tal como son y no fingen, como hacían las hipócritas del colegio. ¿Y mi hermana?

—Salió de compras. El señorito Mauricio está en su estudio; pase usted.

Luisa abrió la puerta.

Charo entró en el estudio. Era la primera vez que estaba sola con su cuñado.

Mauricio trabajaba ante el cuadro que aquel año pensaba presentar en la Exposición. Al ver a la nena, se despojó de su blusa de pintor, se acercó a ella y la tendió la mano.

—¿Te has divertido, Charo?

—Divirtirme, no—contestó la muñeca, mientras se quitaba el abrigo y el sombrero—; me he distraído. ¿Por qué no sigues trabajando? —se aproximó al lienzo—. ¿Cómo se va a llamar?

—*La bruja blanca*—dijo Mauricio.

—Yo no entiendo de pintura—continuó, como si hablase consigo misma la perversa inocente—, juzgo por la emoción que el arte me produce. Lo encuentro maravilloso. ¡Qué expresión la de los ojos de esta mujer! ¡Eres un gran artista, Mauricio!

Lo dijo sin darse apenas cuenta, excitada su prodigiosa sensibilidad.

Mauricio agradeció el elogio, que él juzgaba sincero y merecido.

—Gracias, nena—dijo con su embriagadora voz de amante—; es muy *flaiteur* para mí eso que acabas de decirme.

—¿Qué puede importarte lo que pienso de tí? —contestó Charito con voz cortante, mientras sus ojos brillaban satánicamente, dando a su fisonomía una expresión de maldad.

A Mauricio le extrañó aquel cambio; no le dió importancia, atribuyéndolo al carácter arbitrario de su cuñadita.

—¿Por qué no me va a importar, chiquica?— agregó con galantería—. Tú eres una mujer guapa, y lo que es más raro, muy inteligente.

La nena sonrió, halagada, y sus ojos cambiaron de expresión.

—Ya sabes, Rosario, que a mí la opinión de las mujeres que reúnen estas dos cualidades me interesa siempre.

—Muy agradecida, aunque no le doy importancia—contestó Charito, mirando fijamente a la boca de su cuñado, turbándole dulcemente, a su pesar—. A mí no me gusta ir en compañía de nadie. Yo quiero ser sola.

Un relámpago cruzó por la mente de Mauricio. ¿Qué se proponía con sus miradas la diabólica ingenua? ¿Burlarse de él? ¿Coquetear? ¡Pobre nena! Ya la diría, si no fuese hermana de Adelina, de su Adelina la buena, la crédula, la confiada, que no se podía coquetear impunemente con Mauricio Heredia. Además, no era necesario hacer un sacrificio. ¿Qué encanto emanaba de su figura, envuelta como en una túnica, en aquel traje de terciopelo negro, de donde emergía su cuello blanco y suave como un ala de cisne, y sus dos brazos finos y elegantes como dos varas de nardos?

Mauricio quiso dar un tono menos peligroso a la conversación, y exclamó, procurando que su voz fuera alegre y despreocupada:

—¿Sabes quién ha venido esta tarde?

—No—dijo, indiferente, Rosario.

—Yo te lo diré. Mi hermano Antonio, el arquitecto, el original de la fotografía que te en-

señó Adelina y que tú encontraste que se parecía tanto a mí.

Charito quiso responder. Mauricio, sin darla tiempo, prosiguió:

—Tiene muchos deseos de conocerte. Mañana vendrá a comer con nosotros. Adelina debe tener sus proyectos... ¡Qué mujeres! Os entusiasma ocuparos de amor, y las intrigas os vuelven locas...

—Y a mí qué me importa todo eso?—dijo con rabia Charito—. ¡Tanto os molesto a mi hermana y a ti, que ya pensáis en casarme?

Bruscamente salió del estudio y penetró en su habitación. Sufría horriblemente en su amor y en su orgullo.

—Todo está perdido—pensaba—; su boca, tan deseada, no me besaré nunca. No le gusto. Me mira como a una chiquilla sin importancia. Hasta desea que me case con su hermano. ¡Qué canalla!

Ni un momento pensó en que Mauricio pudiera sentir remordimiento por engañar a Adelina. El deseo, la obsesión de aquella boca de fuego, mataba en ella todos los demás sentimientos. Además, no podía comprenderlo; ella era hermana de Adelina, y, sin importarla nada, se hubiera dejado poseer por él, aunque fuera delante de ella.

¡No le gustaba ni la quería; si la quisiera, si la desease como ella a él, con toda su sangre, si se abrasara noche y día de deseos insatisfechos, no pensaría en Adelina ni sentiría remordimiento! ¡Por qué? ¡Tenía ella la culpa de

que su boca se le apareciese, quemándola las entrañas? Lo comprendía. Mauricio no se había fijado en ella. Era preciso olvidarle.

—Yo deseo su boca; cuando otro me bese le olvidaré a él—pensó—; me echaré un novio que sepa besar bien. ¡Esto es una chiquillada!

Salió al comedor impasible y sonriente. Se sentó enfrente de Adelina, y como una actriz se dirigió a su hermana:

—Ya te habrá dicho Mauricio que me he enfadado con él.

Adelina hizo un gesto de sorpresa. Heredia se quedó perplejo. ¿Qué clase de chiquilla era aquélla?

—Pues sí—prosiguió Charito—, me dió a entender que teníais un proyecto entre Antonio y yo. Como soy un poco suspicaz, creí que os habíais cansado de mí. ¡Ya veis, tonterías—dijo con volubilidad—; no tengo yo la culpa de ser tan variable! ¿Por qué no voy a aceptar un novio, sobre todo si es guapo?

—¡Ay, qué niña ésta!—exclamó Adelina riendo—. Nadie diría que es mi hermana.

—No creas que siento no parecerme a tí—contestó Charo, a mí la gente tan equilibrada como tú y Mauricio—volvió ansiosamente a mirarle a la boca—me fastidia. Yo quería decir con el pobre Lelian, el grande y decadente poeta francés:

*Quieres ser más loca que yo, y eso no.
No hay nadie en el mundo más loco que yo.*

—¿También has leído a Verlaine?—preguntó, interesado, Mauricio.

—Claro. He leído mucho. Estaba encargada de arreglar el despacho del capellán, un verdadero abate, muy aficionado a la literatura. Ibamos dos colegialas. Yo daba cualquier chuchería a la que me acompañaba, estampas o alfileres de color, y ella lo arreglaba mientras yo leía.

—¿Y qué te gusta más de Verlaine?—preguntó Heredia.

—*El nocturno parisien* me encanta y me emociona; pero yo prefiero el desenfado galante y sin hipocresías de *Canciones para ella*. El Verlaine cristiano, he dicho mal, el católico de sacristía, no...

—Anda, Charo, vete a acostar. Mañana es preciso que te levantes temprano; por la tarde no podrás ir al taller—interrumpió Adelina, molesta, sin darse cuenta, por la superioridad de su hermana y por el interés apasionado con que la escuchaba Mauricio.

—Hasta mañana, y que os divertáis—replicó con descaro Charito al salir de la habitación.

La nena pasó la mañana en el taller, y regresó presurosa a su casa. Antonio Heredia ya había llegado. Más alto que Mauricio, carecía de la distinción algo femenina del pintor; sus movimientos eran rudos y los ojos no tenían la luz espiritual de los de su hermano. La boca, en cambio, voraz, encendida y sensual, era en todo parecida a la de Mauricio. Vestía

a la última moda, con un rebuscamiento de nuevo rico o de *croupier*. Cuando llegó Charo, Antonio y Adelina se hallaban en el salóncito.

—¡Pasa, Charo! —gritó su hermana—. Quiero presentarte a mi cuñado.

Rosario entró, y Antonio la tendió su mano grande y fuerte.

—¡Chica, Adelina, tienes una hermana *bestial*! —dijo con su léxico de *señorito*.

La nena no le oía; obsesionada por sus labios voraces y rojos, no se fijaba en las palabras, sino en la boca que las pronunciaba.

Antonio era un epicúreo sin ningún idealismo; gritaba mucho, se reía a carcajadas y comía con un apetito voraz.

Su aspecto era simpático, y gozaba de un gran prestigio entre cierta clase de mujeres. No tenía ninguna distinción espiritual, y si alguna chulita le encontraba *muy galante*, era debido a cuatro fórmulas de cortesía que él repetía siempre. En el fondo no era un mal muchacho; su alma era transparente y sus aspiraciones completamente primitivas: dormir, comer bien y amar, haciendo del amor una necesidad fisiológica. Era un *buen animal*, sano y hermoso, con una boca fresca y sensual y una voz agradable.

En aquel momento se dirigió a su cuñada:

—Chica, ésta ternera es estupenda; traes la ternera más blanca de Madrid; sírveme otro pedazo.

Mauricio levantó el labio superior y sonrió despectivamente.



—Tú, grande hombre—dijo Antonio, que sentía una gran admiración y mucho cariño por su hermano—, no comprendes esto, igual te da una cosa que otra.

Luego, recorriendo con su mirada el comedor:

—¡Chico, estáis en un plan fantástico; este comedor Enrique II es muy bonito!

—Sí, es serio—contestó Adelina—. ¿Cuántos terrenos te pongo?

—Cuatro o cinco; me gusta muy dulce—contestó Antonio.

Eran los últimos días de primavera y hacia calor, un calor dulce y enervante de primavera. Por el balcón entreabierto entraba el aroma enervante de las acacias del jardín del duque de Medina. Después de la comida, los cuatro se quedaron en silencio.

Charo miraba a Antonio y sonreía. Mauricio se levantó. Los coqueteos de aquella mocosa con su hermano le ponían de mal humor. ¡No valía la pena! Coqueteaba con todos por el gusto de que la dijeran cuatro cosas bonitas. Mauricio, en el fondo, estaba humillado. A los hombres, aunque sólo sea por vanidad, les molesta el que no sea una virtud la mujer que se les insinúa; tan sólo así vale la pena su conquista, y pude halagar su orgullo.

Vistióse un pijama y se tendió sobre el lecho. Adelina, como una gatita mimosa, se acurrucó a su lado.

Antonio y Charito se quedaron solos. La nena, medio recostada en un amplio sillón inglés,

sin respirar apenas, cerraba los ojos para reconstruir la escena que estarían viviendo detrás de aquellos muros. Su imaginación enferma y su temperamento sensual la hacían ver las escenas más lúbricas y más deliciosamente turbadoras. Se estremecía su nariz, se dilataba, y abrió los ojos.

Antonio se acercó, pensando que la chiquilla estaba turbada por su presencia.

—Charito—exclamó—, me habían dicho que usted era una gran mujer, pero nunca creí que la realidad pudiera sobrepasar los sueños... Yo, que nunca he querido a nadie, me volvería loco por usted.

—No lo creo; pero no importa—dijo con los ojos brillantes de deseo Rosario—; a mí me gusta usted también, sobre todo su boca.

Era una invitación que otro hombre menos fatuo que Antonio habría aceptado.

Estrechó a Charito contra él y la besó vorazmente en los labios, con besos furiosos, entrechocándose sus dientes, con besos más enervantes que una completa posesión.

—Charito, mi alma, te voy a querer mucho.

—Calla y bésame—dijo la chiquilla bruscamente—. ¡No hables, por Dios, no hables!

El continuó besándola en los ojos, en la boca, en el cuello. La nena se estremecía y respondía a sus besos sin abrir los ojos, para hacerse la ilusión de que quien la besaba era Mauricio, el adorado por imposible.

Aquella suplantación de personalidad tenía algo tan morbosamente exquisito, que los ner-

vios de Rosario no pudieron aguantarlo más tiempo y cayó sobre el sillón con espasmos epilépticos, mordiéndose los labios para no rugir de placer. Antonio se acercó a ella con intención de poseerla allí mismo; la chiquilla volvió a la realidad y se irguió:

—Vete ahora, pueden darse cuenta. Mañana, a las tres, en la plaza de la Independencia...

—¿No dejarás de ir, vida mía? —dijo Antonio mordiéndola los labios.

—No tengas miedo, no pasará nada para que no vaya.

Y pensó:

—Tan sólo Mauricio podría impedirlo, y no lo hará.

No durmió nada; la primavera, sin duda, también encendía la sangre de Mauricio, porque los chasquidos de los besos duraron mucho tiempo, y los ruidos sospechosos que la encendían, haciéndola temblar de rabia y de deseo, se repitieron dos, tres, cuatro veces. ¡Mauricio también era un temperamento!

—Nunca será mío —se decía la virgencita—; está muy enamorado de Adelina, la quiere y le gusta. Sí, le gusta furiosamente; si tan sólo la quisiera, podría tener esperanza, pero así no. ¿Por qué empeñarme en lo imposible?... Antonio es libre y más guapo que él... Cuando sea suya le querré más y olvidaré a este burgués equilibrado y ridículo.

Se envolvió en su albornoz y, para tranquilizarse, se dió un baño tibio, casi frío.

Se perfumó con lilas blancas, perfume de vir-

gen sensual de la casa Salomé, de París. Se puso una camisita lila bordada en negro, que hacia resaltar aún más la blancura azulada, casi enfermiza, de su piel. Se estiró bien las medias de seda gris plata, sujetas con ligas de terciopelo; terminó de vestirse y empezó a leer *Afrodita*, de Pierre Louys. Ella, lo mismo que la heroína del libro, "tenía sed de cosas desconocidas". ¿Apagaría su sed aquella tarde?

Salió contenta, y, sin saber cómo, se encontró enfrente de Antonio Heredia.

—Ya hace una hora que te esperaba, chiquilla de mi vida; no he podido dormir pensando en ti.

Charo le miraba sin contestar. El vió sus ojos cercados de ojeras azules, sonrió con petulancia y dijo:

—¡Qué cara tienes, nena! Aunque no me lo digas, comprendo que no has podido dormir; te ha abrasado el recuerdo de mis besos.

—¡Todo lo adivinas! —dijo con un ligero acento irónico Charo.

—Aquí estamos mal, preciosa; pueden vernos y no me es posible besarte.

—¿Quieres que cojamos un taxi?

—Por qué no?

Dentro del coche acogedor volvieron a besarse, enloqueciéndose. Los besos de Antonio, unidos a la obsesión de la boca de Mauricio, la envolvían, quitándola energía, embriagándola como un narcótico. Cuando Antonio comprendió que la respiración de la nena se hacia cada vez más entrecortada, sus senos parecía

que iban a estallar y la voluntad la abandonaba, la propuso el ir a un sitio discreto a tomar el te. Charito consintió.

Entraron en un portal de buena apariencia y subieron al segundo piso.

Abrió una mujer como de unos cincuenta años, con aspecto de señora, viuda de un militar, y que aumentaba su viudedad con algunas parejitas que iban a su casa.

—La habitación de siempre—dijo Antonio en voz baja.

La señora asintió y los pasó a un gabinetito muy coquetón, tapizado de damasco amarillo y con un amplio lecho dorado en medio. Almohadones con figuras egipcias desparramados por la estancia; dos reproducciones muy bien hechas de la Venus de Nícko y de Milo y algunos grabados de mujeres firmados por Ribas daban un tono agradable a la estancia.

Charito ardía; se quitó su chaquetita sastre y se quedó con una blusa de seda, tan fina, que se la señalaban los botones de los senos. Antonio, loco de deseo, la mordió en ellos sobre la blusa, y después, como un joven fauno, sin pronunciar una palabra de cariño, la derribó en el borde del lecho. Charito contuvo un grito de dolor; la pareció que la traspasaban las entrañas con un hierro al rojo; viendo a aquel hombre tan primitivo, jadeante sobre ella, con gesto de idiota, le desprecio y sintió hacia él una gran repulsión. Volvió a poseerla, y después del deseo satisfecho, como si su cerebro se hubiera quedado vacío de repente, no se le

ocurrió nada; tan sólo pensó que si la chiquilla se *colaba*, aquello podía ser para él una complicación.

La nena lloraba con sacudidas nerviosas; sentía su equivocación. No era de la boca de Mauricio de quien estaba enamorada tan sólo; era de su espíritu, de su inteligencia, de su arte. Si en vez del idiota que estaba a su lado estuviera el pintor, Rosario no lloraría. Ahora ya, ¿cómo darse a él?

Se levantó como una leona. Sus ojos parecían dos ascuas.

—Vete, canalla, vete, y que no te vuelva a ver más. Yo no diré nada, por la cuenta que me tiene. Mauricio quería casarte conmigo, y yo me mataría antes de estar toda mi vida al lado de un señorito imbécil como tú.

Antonio, sin comprenderla, se quedó asombrado.

—Que te vayas—replicó Charito, dando, en el paroxismo del furor, golpes en el suelo—. Mira que llamo.

Antonio se fué, contento en el fondo por salir tan bien librado de aquella aventura. Llevaba una cara tan grande de susto que la chiquilla exclamó:

—¡Además, cobarde!—y soltó una carcajada que martilleó desagradablemente los tímpanos de Antonio Heredia.

Charo se lavó los ojos, pasó la borlita con polvos color cobre por su cara, se puso el sombrero de terciopelo negro, que tan bien entonaba con sus cabellos de oro, y salió.

Miró la hora.

—Tal vez encuentre a Carmen a la salida del taller. Tengo necesidad de confiarle a ella para que me aconseje. Ahora yo le deseo más que nunca; no es su boca, es todo él. Cueste lo que cueste, tiene que ser para mí. ¡Dios mío, voy a volverme loca! No, yo jamás puedo contarle lo que esta tarde ha ocurrido.

Apresuró el paso, y poco después las dos amigas estaban juntas.

V

En casa del doctor Indio...

—Chiquilla—dijo Carmen del Val a Charito Cifuentes—, qué alegría tan grande me das viniendo a recogerme. ¿Qué te pasa?—añadió, fijándose en ella—. Estás muy pálida, desencajada y tienes mirada de loca. Habla, mujer, habla, que estoy inquieta.

—¡Me preguntas qué es lo que me pasa! Ca-
sí nada—dijo sarcásticamente Charo—. Te lo diré en pocas palabras. Acabo de entregarme a un hombre, al que apenas conocía, estando enamorada de otro. Me di a él porque su boca era igual a la boca del que supo hacerme espiritualmente suya desde el primer momento. Me ha poseído como un rufián, sin siquiera apagarme este fuego que me abrasa día y noche. Estoy asqueada, Carmen. Esto tan sucio no puede ser el Amor. Lo que más siento es que



ya no podré ser del otro nunca. Yo quería haber ido a él como fué su mujer, siendo virgen; él, que es tan bueno, se creería espiritualmente ligado a mí para siempre. No quiero ser para él una más, eso nunca, antes me mato.

—Oyeme, Charito—contestó Carmen con calma—, y no seas tan exagerada. Tu caso no es desesperado, ni mucho menos, y todo puede arreglarse. Hasta las ocho no tengo prisa. Ahora cogemos un coche y nos vamos a ver al doctor Indio.

—Carmen, no estoy para bromas. ¿Qué tiene que ver ese endiablado doctor con lo que te cuento? Creí que eras más...

—Déjame explicarte. El doctor Indio lo arregla todo, y yo sé de muchas compañeras de taller que han podido casarse gracias al doctor, y muchas señoritas también. ¡Si el doctor hablara! Como eres una loca y soy buena amiga, quiero ayudarte, esperando que un gran amor te salve; si vuelves a caer no cuentes más conmigo... Anda, coge ese coche y vamos pronto a la calle de Goya. Confía en mí; sécate los ojos. El doctor te dejará como nueva.

Las dos nenas bajaron ante una casa con un amplio portal de mármol. En la puerta había diez o doce automóviles esperando que bajaran sus dueñas de casa del doctor.

Charo, temblando de emoción, subió al ascensor. Llamaron. Un criado negro, con facciones europeas, una preciosa estatua de azabache, abrió la puerta.

—¿El doctor?

—Pasan y siéntense.

Penetraron en una estancia muy amplia, toda tapizada de terciopelo negro; varios candelabros de plata, en donde se quemaban bujías aromáticas, extendían su luz amarillenta, dando a la estancia un aspecto de capilla ardiente. El aire, cargado de perfumes desconocidos en Europa, era denso y embriagador. Las dos nenas, un poco cohibidas, se sentaron sobre un amplio lecho turco forrado también de negro y que tenía la forma de un túmulo. En el salón había otras ocho o diez personas, mujeres en su mayoría.

Como enamorada de lo raro y extraordinario, pasado el primer estupor se encontró encantada en aquel ambiente de misterio.

—Y estas señoras—preguntó a Carmen del Val—, ¿a qué vienen?

—Comprenderás—contestó Carmen soltando la música de su risa—, con sólo mirar a esa vieja de la manteleta, que no pueden venir a lo que tú... El doctor no es sólo un *especialista en virginidades*. Este hombre sabe de todo. Dicen que tiene sesenta o sesenta y cinco años y parece un hombre de treinta... Con las hierbas misteriosas de su país conserva la juventud y la belleza. Para todo tiene secretos; conserva los pechos duros y blancos como en la primera juventud, deja la piel tersa, da brillo a la mirada y hasta cambia el color de los ojos... Apareció hace tres años en Madrid, con este criado negro y callado como una esfinge; se habló mucho de él y luego la gente le ol-

vidó. Las mujeres le buscan y gana mucho dinero; pero, aunque le llenen de oro, tan sólo atiende a las que le son simpáticas.

Una pesada cortina de terciopelo negro se levantó y apareció un hombre alto, de tez cobriza. Llevaba un pijama de raso negro completamente cerrado al cuello, lleno de triángulos entrelazados y de serpientes mordiéndose la cola, bordado en oro como los ornamentos de iglesia. Paseó sus ojos, que tenían las fosforescencias de los gatos, por la estancia y, como un verdadero rey del capricho, mandó pasar a las dos muchachas, a pesar de haber llegado las últimas. Ni un murmullo se dejó oír; el doctor Indio era arbitrario y no aguantaba normas.

Las dos jovencitas se encontraron en el gabinete del misterioso doctor. Era una pieza cuadrada, más alegre que el salón de espera. Los muros estaban cubiertos por tapices persas y el suelo por una rica alfombra de colores búlgaros. En ánforas de plata repujada se veían unas gigantescas flores color sangre, de una especie desconocida para los europeos.

Charo se fijó en ellas.

—Parece que están acabadas de coger—dijo el extraño personaje—, ¿verdad, señorita? Hace ya diez años desde que salí de mi país—aqui su voz tomó un dejo de añoranza—, y desde entonces conservo yo esas flores por procedimientos químicos; me alegran un poco en mi destierro.

Se quedó un momento pensativo, abstraído,

lejano, como si contemplara los paisajes de su bella y misteriosa patria.

—Perdóñenme—exclamó dirigiéndose a las jovencitas—. ¿Qué desean de mí?

Charito enrojeció. El doctor la miró fijamente a los ojos.

—Su rubor me dice que es usted la que me necesita. Hábeme sinceramente. En mi larga y aventurera existencia he oído tantas confesiones, tantas bajezas y hasta tantos crímenes... Estoy por encima del bien y del mal. Ayudo al que se me confía... Lo de usted, señorita, será algún desliz sin importancia.

Carmen del Val habló:

—Eso mismo, doctor; mi amiga Charo está enamorada de un hombre, y por despecho se ha entregado a otro. Es una loquilla, y...

—No continúe, he comprendido: la señorita quiere pasar por virgen ante el hombre a quien quiere o a quien desea. ¡Es fácil! Tan sólo la suplico que conteste a mis preguntas. No vea curiosidad en ellas, son necesarias para el éxito de la farsa.

Sacó una pitillera de oro adornada con esmeraldas, una verdadera joya de valor y de arte, y ofreció un cigarrillo, liado en hojas de rosa, a las nenas.

Carmen rehusó. Charo lo encendió ávidamente. El doctor la contemplaba con interés.

—¿Experimentó usted alguna sensación cuando ese hombre la posó?—preguntó el Indio fijando su mirada fosforescente, llena de una gran fuerza magnética, en la de Rosario.

—Ninguna; es decir—afadió sonriendo—, ninguna agradable; sentí un gran desgarraimiento, me parecía que una lanza abrasando me traspasaba las entrañas; pero esta sensación de dolor físico no fué nada al lado de la repulsión que me produjo aquel hombre vulgar, roido por una lujuria tan sucia...

—Es usted una exquisita, una mujer con una gran sensualidad cerebral; la sensualidad de los elegidos. Un cerebro enfermo, unido a un cuerpo sano como el suyo, es el ideal para un hombre que tenga más voluntad que usted, a quien usted quiera, y que sepa hacerla vibrar y gozar hasta el frenesí, hasta el delirio... Si usted no hubiera venido a mí, señorita, por un vano pudor o por un gran orgullo, tal vez hubiera usted sido una desgraciada. Yo—dijo, animándose, el Indio—soy un bienhechor de la Humanidad. Casi todas las mujeres que van rodando, como si las ataran un lingote de metal al cuello, a los más bajos fondos, a las más absurdas guardias de la lujuria y del vicio, ha sido porque no me encontraron en su vida. Se necesita una gran voluntad para contenerse en el camino, después del paso dado; las muchachas que tienen la desgracia, ¡y es lo más fácil!, de dar con un hombre, no malo, sino inconsciente, que las abandona, creen que, ya una vez perdidas, como ellas dicen gráficamente, no hay más remedio que rodar. Hasta las madres que cuidan de sus hijas mientras conservan la *membranita*, creen que una vez rota

no vale la pena ya de vigilarlas. ¡Qué repugnante es todo esto!

—Dice usted bien, doctor—respondió Charo—. Usted conserva la ilusión, el encanto de vivir, y si muchas jovencitas han encontrado un hombre que las quiera, sin humillación, ha sido por usted. Yo creo que nadie, ni marido ni amante, tiene derecho al pasado de una mujer; pero mientras este prejuicio exista, para dar un nombre, que pocas veces vale la pena, usted es necesario.

Carmen del Val exclamó de repente:

—Doctor, ¿son ciertos los poderes maravillosos que le atribuyen?

—Tal vez exageren. Hacer durar la juventud, el vigor y la belleza es fácil; lo mismo que conservo químicamente las flores hago con las personas, valiéndome de las plantas. De mi edad no tengo más que el cabello blanco, y eso porque las mujeres no me harían tan amplias confesiones si no tuviera canas. ¡Poderes maravillosos! Es difícil llegar a adquirirlos, señoritas. El sexo impetuoso es imposible domarlo, y la castidad y *el saber callar* son los mandamientos de esta religión. ¡Tal vez estaba dotado para llegar a grandes cosas! No ha podido ser; soy un terrible sensual.

—¿Y puede usted mandar en el Amor y en la Muerte?—preguntó Charo interesada.

—Yo no—contestó el doctor enigmáticamente—. Conocí a un indio que poseía estos poderes.

—¿Qué medio empleaba?—preguntaron las dos curiosas al mismo tiempo.

El doctor sonrió.

—Es sencillo, el de las emanaciones. Habrá más claro—prosiguió al ver los dos rostros interesados por comprender—. Ustedes saben que el perfume consiste en ciertas partículas ínfimas que atacan nuestra pituitaria, produciéndola una sensación. Hay esencias que nos enervan, excitándonos sensualmente, lo mismo que hay otras que nos idealizan. Esto que pasa en el plano físico, ocurre también en el astral. El indio a quien aludo, un terrible mago negro, se servía de un sencillo papel para escribir cartas. Un fatídico mensaje amarillo para enviar la Muerte, o un alegre papel rosa como mensajero del Amor. Se comprende bien; en el lecho de un agonizante colocaba el pliego para que recibiese las emanaciones agónicas; esto, unido a la voluntad de causar daño, del que lo enviaba, era suficiente para que al poco tiempo de recibir la carta muriese la persona a quien iba dirigida. Para el Amor se emplea el mismo procedimiento; en vez de en el lecho de un moribundo, el papel rosa, más afortunado, tiene que dormir entre los senos de la mujer que desea hacerse amar. No las entretengo; tome usted—y la entregó dos paquetitos—. Su caso es fácil. El paquete mayor contiene unas simples cáscaras de granada; hágalas cocer y lávese. El pequeño es una ampollita de sangre. Lo demás depende de usted. Un poco de rubor al desnudarse...



—Eso lo sentiré—interrumpió la nena—; delante del otro no me desnudo.

—Entonces tiene usted una virginidad más interesante que la física: la virginidad del desnudo; sepa aprovecharla. Grite a tiempo; esto tampoco tendrá que fingirlo, y hasta qué vuelva a necesitarme.

—¿Qué le debo, doctor?

—Nada por esta vez—dijo con gesto equívoco el Indio—. Ya me pagará usted...

VI

Lágrimas falsas.

Desde que la nena tuvo en sus manos el paquetito misterioso del doctor, fué feliz. Olvidó lo pasado como un accidente desagradable de su existencia; como un sueño que nos deja una impresión fuerte y poco duradera.

Buscaba las ocasiones de hablar a solas con Mauricio, de insinúársele; pero el pintor huía de ella. Se sentía poco fuerte para resistir la juventud y el encanto de aquella mujer, a la que deseaba furiosamente.

Cuando los tres estaban juntos y Adelina hablaba con su gran serenidad espiritual de cosas frivolas o fútiles, sin sospechar, en su candidez, la furia sensual en que se consumían aquellos dos seres sinuosos y turbios, ellos ardían silenciosamente, y si sus pies se tropezaban por casualidad, sufrían una conmoción tan

deliciosamente turbadora, que sus cuerpos se estremecían como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

Adelina era feliz. A Mauricio le quería cada día más ciegamente, y todo su amor, que no pudo concentrarse en un hijo, lo puso en Charito. Esta, desde que leyó en los ojos de Heredia la turbación que éste sentía al verla y tener esperanza de que él la quisiera, se hizo más dulce, más obediente, más amable con Adelina. La dicha, que suele hacernos mejores, a ella la hizo más cauta. Era preciso fingir bien, que Adelina no se apercibiese de nada; evitar el dolor a este ser apacible y feliz en su ignorancia. Si Adelina hubiera sido un obstáculo para la satisfacción de sus deseos; si sospechase el amor que Charo sentía por Mauricio, entonces la nena, cruel e inconsciente, no hubiera tenido compasión. Su sufrimiento, por inútil, era preciso evitarlo. Mauricio Heredia también deseaba llegar a sus fines, pero sin causar dolor a Adelina. A medida que el agujón del deseo se clavaba más ferozmente en su pobre carne sensual, el remordimiento se atenuaba, dejando tan sólo un perfume exquisito que, como un afrodisíaco, servía para hacerle desear aún con más fuerza a su cuñadita.

El pintor leía *Odas en su honor* a Rosario y a su mujer. Charito le oía con los ojos cerrados, dulcemente turbada; Adelina, que comprendía difícilmente el francés, estaba aburrida. Durante una pausa de su marido, exclamó, mirándolos a los dos alternativamente:

—Mauricio, deja de leer. Hoy quiero quitar, con Luisa, las cortinas de invierno y dar a la casa un aspecto de primavera. Trabajas mucho y sales muy poco; nunca te he visto más metido en casa—añadió, halagada en el fondo—. En cuanto a ti, Charo, no se te puede mirar, estás muy pálida y con muchas ojeras; aquí me estorbáis—dijo jovialmente—. Iros un rato al Retiro.

Los ojos de Charo brillaron extrañamente. No obstante, contestó con hipocresía:

—Adelina, yo me quedo para ayudarte, o déjalo para mañana y ven con nosotros.

—No puede ser, Charito; ya iré otro día; mi deseo es que aprovechéis esta tarde tan hermosa; el sol os hará bien.

Mauricio se enterneció ante la bondad tan poco egoísta de Adelina. Charito fué a arreglarse, despacio y como de mala gana.

Heredia admiró sus dotes de comedianta.

—Es una niña qué nada sabe y tiene más dominio que yo, que me creo un hombre terrible. Hay que aceptar lo que venga. No somos dueños de nosotros; el Destino, la casualidad, lo que sea, nos arrastran y nos mueven igual que a los muñecos de guíñol.

Adelina salió a la escalera para despedirlos.

—Qué buena pareja hacéis—dijo ingenuamente—. Como Charito es mucho más alta que yo, iguala mejor contigo...

Llena de orgullo salió a contemplarlos al balcón.

—Qué distinción tan personal la de Mauri-

cio—pensó—, tan suya, tan propia, que nada tiene que deber al sastre ni al sombrerero; su porte era tan altivo, *tan señor*, que aquel hombre, lleno de harapos, parecería siempre un príncipe disfrazado!

Una florista les ofreció un ramo de capullos de rosas.

—Cómpreselos a su señora; ande usted, señorito—dijo con voz insinuante—. ¡Qué buena pareja hacen los dos!

Mauricio la dió unas monedas y Rosario cogió el ramo riéndose.

—Te toman por mi mujer, nenita—dijo Mauricio en tono ligero.

—Si fuera cierto!—contestó Charo.

Luego, sin transición, añadió:

—Mira qué bonitos son estos capullos, Mauricio. En el colegio también había un rosal encarnado; los capullos eran muy lindos; yo los arrancaba y los mordía...

Se cogió de su brazo.

—Cuando te vi a ti por primera vez, no sé por qué me pareció que había visto tu boca muchas veces y hasta que la había mordido! ¡Se parece tanto a los capullos que yo arrancaba para triturarlos con mis diente!

Heredia se estremeció. El *tic* epiléptico-sensual que aparecía en él cuando el deseo le sacudía furiosamente, se repitió dos veces. Levantó el labio y torció el ojo derecho; su mano apretó el brazo desnudo de Charito.

—Rosario, mi vida, la Presentida desde siempre; no puedo callar más. Te quiero, te

deseo; tu amor es más fuerte que todo. ¡Cuánto he sufrido en estos días, alma de mi alma; no quería hablar! ¡Te tengo miedo! Nuestro amor tiene que ser rojo; somos dos terribles sensuales. Es preciso, Charito, que yo sea más fuerte que tú. Eres una divina loca y yo tampoco soy un hombre normal, pero te quiero con toda mi carne y con todo mi espíritu. Mis labios están sedientos de tus besos y mi alma admira tu inteligencia y tu sensibilidad, casi enfermiza. ¡Bésame, Charito, y amémonos mucho!

Intentó besarla en los labios.

—No, Mauricio, aquí no; he soñado tanto con tu boca, me has besado tan ferozmente en mis sueños de virgen sensual, que yo no podría recibir un beso tuyo sin retorcerme en el suelo, rugiendo de placer como una epiléptica. Soy una anormal, lo sé; no es mía la culpa. Tengo todas las taras que me han legado mis antepasados; nadie es el artífice de su temperamento, ni de su propia vida; un amor grande, normal, en el que vayan unidos el alma y el cuerpo, puede salvarme. ¡Sálvame tú, mi alma, sálvame!

—Sí, yo te salvaré, Rosario de mi vida—contestó gravemente Mauricio—, o me condenaré contigo. No puedo resistir más. He sufrido mucho en estos días luchando entre el amor y el deber, que siempre es árido. Yo no siento por Adelina una pasión; la quiero como a una hermana, con un cariño protector; me sedujeron su inocencia, su bondad, su equilibrio. Tú y

yo somos más iguales, y como una sirena deliciosa me hubieses devorado. El hombre habría vivido más intensamente, el artista se hubiera malogrado. Adelina me ama más como artista que como hombre. Desde el día en que te hablé a solas, aquella tarde en el estudio, divina por ser el día en que se me reveló tu amor, comprendí que fatalmente serías mía; porque somos dos almas torrentes, que lo arrasamos todo para llegar a nuestros fines.

—Yo desde el primer día te amé, Mauricio; un amor patológico lleno de furia sensual y de rabia al sentir que tan cerca de mí poseías a otra mujer, mientras todo mi ser te deseaba. Es una mezcla de odio y de cariño lo que porto siento, que no puedo explicar. A veces te hubiera matado; en cambio, si alguien delante de mí intentase hacerte daño, yo le desharía con mis uñas y con mis dientes. ¡Cuánto he sufrido! Creía que no te fijabas en mí, que nunca tu boca, tan deseada, calmaría la sed de la mía, sedienta de tus besos. No podía concebir que el remordimiento te detuviese. Yo no le conozco, nunca lo he sentido. ¡Es triste, porque debe dar un sabor muy agradable al placer! Yo quiero o no quiero; cuando esto ocurre, soy cruel, mala, por inconsciencia. El dolor no me importa con tal de llegar a mis fines. ¡Pasaría por el mundo en ruinas, si fuera necesario, para alcanzar tus labios!

Estaba muy bella hablando así. Sus ojos tenían un brillo de acero y su boca un rictus

cruel. Parecía una divinidad hermosa y terrible.

Mauricio se sintió contento al verse amado de aquel modo.

—¡Qué culpa tienes tú, pobrecita!—contestó—. Eres una silfide, un alma de otro plano, que ha encarnado en un cuerpo humano por un raro capricho.

Charo, al verle tan serio, soltó el surtidor de su risa.

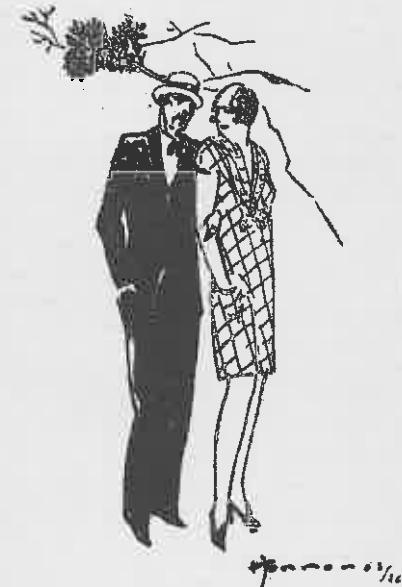
—No te rías, loquita encantadora, no soy yo quien ha inventado esto. Un amor grande, único, puede humanizarte, amada mía; yo te humanizaré.

Contentos volvieron a la calle de Pardiñas. Charo esperaba impacientemente lo que tenía que llegar. No se habían cruzado un solo beso. Los ruidos misteriosos y turbadores no se volvieron a oír, y esto la tranquilizaba. Heredia, por delicadeza, dijo a Adelina que, debido al esfuerzo mental de los últimos tiempos, sufría una gran *neurastenia sensual*.

—¿Te molesta?—añadió.

—¿Tan poco me conoces? ¿Por qué me haces esta pregunta? Te quiero con toda mi alma; a veces te reprocho ser tan sensual. Lo que deseo es que termines pronto “La bruja blanca”, que afianzará aún más el nombre que tienes.

Mauricio alisó sus cabellos y la besó en la frente. Adelina le dijo la verdad. Ni una sola vez la vió con los ojos entornados por el placer; en todos los momentos era la esposa casta, la enamorada de su arte.



Charo estaba radiante; la noche anterior, al retirar la colcha de damasco azul viejo, encontró debajo de su almohada una llavecita minúscula, como un dije, y un papel, en donde Mauricio la indicaba unas señas y una hora.

Rosario tenía miedo. ¿La desilusionaría Mauricio? No era posible; si él, tan deseado, no me hace vibrar, no gozaré nunca. ¿Por qué pensar en esto?

Cogió una camisa de batista blanca con muchas puntillas. No se llevaban, pero ella le había oido decir a Heredia que los encajes en los senos de las mujeres eran para él un *feticismo*. La perversa chiquilla, la intuitiva del amor, comprendía que la sensualidad es un arte delicado y exquisito, en el que es preciso cuidar de todos los detalles. Sólo los simplistas, los que carecen de imaginación, dejan de darlos importancia.

Enchufó el cacito niquelado y, con un recogimiento casi religioso, echó en el agua las cáscaras de granada que la dió el doctor. Despues se colocó la ampollita.

Respiró satisfecha; sentía un placer intenso, como si renaciese a una nueva vida.

Dió un beso a Adelina, la hermana buena y crédula, a quien tan pronto iba a traicionar de hecho, y se lanzó a la calle, borracha de sol, de vida, de juventud.

Sus pies parecían tener alas. Pronto llegó a la casa en donde Mauricio la esperaba. No quiso tomar el ascensor y llegó corriendo hasta el último piso. Antes de intentar abrir la

puerta, Heredia, muy pálido, apareció en el quicio.

La estrechó entre sus brazos.

—Charo de mi vida, con cuánta emoción te esperaba; me parecía que iba a llegar mi primera novia.

—No me había equivocado—pensó la nena—, este hombre es artista en todos los instantes. ¡Me da pena tener que engañarlo!

Despojóse del turbante búlgaro, tiró el *echapé de petit gris* sobre un diván y apareció envuelta en su traje de terciopelo negro, que tan bien hacía resaltar la blancura casi azulada de su piel.

Los dos callaban. Sus almas de artistas comprendían que el silencio en los momentos cumbres de la vida tiene más importancia que las palabras, pobres casi siempre para poder explicar nuestras emociones; la música tan sólo tiene en estos instantes tal poder.

Charito se fijó en la estancia. Era una pieza grande y cuadrada, con mucha luz. En ella reinaba un desorden estudiado y agradable, como en todos los estudios de pintor. Mantones de Manila extendidos al desdén sobre las butacas y los divanes daban, con sus pájaros y sus flores gigantescas, una nota gaya. En un rincón, un amplio lecho turco, lleno de almohadones de diversos tonos, cubierto de damasco antiguo en color de fuego.

Sobre un vargueño, ricamente tallado, una estatua de alabastro representando a Buda en

el Nirvana; a juzgar por su rostro, el Nirvana debe ser el reino de la *Serenidad*.

Estatuitas minúsculas de marfil tallado, indias y chinas, se veían sobre las mesitas de estilo árabe. Todos los estilos tenían allí una representación, dando a la estancia un aspecto bizarro. Cuadros en los muros, cabezas de mujer en su mayoría, sonrientes, soñadoras, tristes y burlonas.

En el centro, un caballete, con un retrato de mujer en traje de corte, con empaque de gran dama y rostro de cocota... y más cuadros, terminados, apenas comenzados, bocetos...

Mauricio, sin romper el silencio, se acercó a la chiquilla y la besó en los labios. Charito se estremeció, torció los ojos y correspondió a sus besos con otros voraces, mordiendo hasta hacerle sangre. Heredia—que tenía el arte de besar—la besó el cuello lentamente; en los ojos, rozando apenas sus párpados de raso; en las orejitas, con besos que repercutían en el cerebro de la nena, que *lloraba y rela*, como la nieta de Margarita Gautier. Después, ella misma se tendió en el lecho.

Mauricio hablaba con su boca, roja y voraz, pegada a los labios de Rosario.

—Quiero poseerte, amada mía, con el mismo traje con que me inspiraste el primer pensamiento de sensualidad. Yo te deseé con este vestido de terciopelo negro; así quiero que seas mía.

La acarició los senos, sobre el terciopelo, y

prendió su boca con un beso vampiro que la ahogaba.

—Como tú quieras—decía, loca de deseo, la satánica chiquilla—; pero pronto.

Los dos se confundieron; Charito dió un grito, y se poseyeron frenéticamente, dando aullidos de placer.

Después, la simuladora renació en ella. Comenzó a llorar con sacudidas nerviosas; empezó por seguir los consejos del doctor, y sus mismas lágrimas la emborracharon. Los sollozos la ahogaban y estremecían su hermoso cuerpo.

—¿Sientes lo que hemos hecho, mi vida?— preguntó Mauricio, con pena.

Rosario movió la cabeza negativamente.

Mauricio la desnudó y contempló, en hombre y en artista, su cuerpo blanco y bello, que se recortaba maravillosamente sobre el rojo damasco.

Volvió a poseerla, pero su deseo no se saciaba, cada vez era más fuerte, más avasallador, más tenaz. Fué tan grande que, sobreponiéndose a las leyes de la naturaleza, hizo en aquella tarde de Mauricio un dios de la sensualidad. El germen de lo raro, que él llevaba dentro, se desarrolló en un instante al lado de aquel ser sano de cuerpo y con todas las taras cerebrales. Mauricio la besó en los muslos, contempló su espalda perfecta, admirando su color y el dibujo, en hombre y en pintor, y al ver sus flancos poderosos y bellos, el demonio de los placeres prohibidos y exquisitos fustigó despiadada-

damente su medula; la poseyó así, con una mano sobre cada seno, y haciéndola volver la cabeza para morderla en los labios.

Mauricio Heredia gritaba como un poseso; parecía un bello y diabólico centauro, al servicio de Nuestra Señora la Lujuria.

Fué Charito la que antes se rindió. Mauricio, hiperestesiado por el placer, hubiera continuado siempre, hasta morir agotado sobre el bello cuerpo de la Simuladora.

—Perdóname, vida mía, me he vuelto loco. ¡Ni tan siquiera te he preguntado tu opinión! Dime, mi alma: ¿a ti te ha gustado? Estas cosas tienen que ser compartidas.

Su voz estaba llena de lágrimas.

—Charito, encanto mío, otra vez seré más normal; me enloqueció la fragancia de tu cuerpo. ¡Estoy arrepentido!

—¿Qué hablas? Tu lenguaje es extraño y absurdo. Si nada me hubieras dicho, yo creería que lo normal era *todo* lo que puede pasar entre un hombre y una mujer que se quieren. Lo demás no tiene importancia. Comprendo, sin experimentarlo, tu remordimiento por engañar a Adelina; por otra cosa, no. En el amor no se puede poner una frontera como la que separa los países.

—Tal vez tengas razón, Charito—contestó Heredia, besándola en los ojos—; sin duda, es una cosa de prejuicio burgués; yo no puedo sustraerme del todo a este prejuicio. Hay muy pocas mujeres que no le tengan. Creo que el único motivo serio que puede existir es el fal-

tar a las leyes de la naturaleza, que hace que dos seres se atraigan para formar una nueva vida.

—Tampoco estoy conforme, chiquillo. A mí me parece que en el amor se debe hacer *todo*; nosotros hemos buscado, primero, los caminos naturales; después, los demás.

“Según la teoría de la especie, que es la que, según tú, se opone a que un hombre y una mujer—el amor lesbiano y el homosexual no los admito ni los comprendo—se posean como más les agrade, bastaría que la hembra quedase fecundada, para que una vez su misión cumplida pudiese dedicarse al amor en todas sus manifestaciones. Lo mismo pasaría con la mujer que nace estéril. Ignoro si he nacido amoral. Tal vez—afadió sonriendo—sea esto mejor que ser inmoral, como tú. Yo nada sabía; si nada me hubieses indicado, continuaría creyendo que todas las parejas hacían lo mismo que nosotros hemos hecho.

—Bueno, chiquilla; si todo lo encuentras natural y si además te gusta, no hay más que hablar... Comprendo que estas cosas unen mucho; parece que el demonio turbador y delicioso de la sensualidad ata a los amantes poco escrupulosos con unas maromas tan fuertes, que el mundo entero no es capaz de romper. Mi alma mística quisiera volar alto; mi cuerpo se lo impide; mi espíritu, sin duda, fué creado para un cuerpo de santo, y no sé por qué rara equivocación entró en mi cuerpo de arcilla pecadora.

—Para que seas más deliciosamente encantador y para que sientas el placer exquisito de lo prohibido, que yo no sentiré jamás. No te mortifiques, quiéreme mucho y amémonos fúriosalemente.

Mauricio la sentó sobre sus rodillas y la acarició.

Rosario continuó hablando:

—¿Qué dolor causamos poseyéndonos de todas las maneras? Para Adelina, si se entera, el sufrimiento no sería mayor. En el amor, lo sucio y lo despreciable es la venta. ¡La ilusión lo santifica todo! Desgraciadamente, no podemos inventar un nuevo pecado. ¡Qué le hemos de hacer! ¡Yo quiero ser sabia, no ignorar nada!

—Bueno—contestó Mauricio, besándola—; yo te daré el diploma de la sabiduría. Te falta muy poco que aprender... La sirena roja de la Lujuria abre su boca para devorarnos... ¡Arrojémonos en sus fauces sangrientas! Tú lo quieres, y eres demasiado hermosa para que yo pueda resistirte.

—Es tarde, Mauricio, vámónos. ¡Qué bien me encuentro! Parece que todos mis poros están abiertos, como si acabase de salir de un baño tibio y perfumado.

Le besó llena de agradecimiento.

—Adiós, chiquillo de mi vida, hasta mañana.

—Hasta ahora mismo, Charo. Toma un coche, para que llegues antes que yo. ¿Tienes pena; te arrepentirás, cuando estés más tranquila, de haber perdido tu virginidad?

—No, mi amor, nunca—dijo con exaltación Charito—. ¡Ojalá hubiera sido antes!—añadió tristemente.

Heredía, sin penetrar en el sentido oculto de las palabras de su cufiada, besó a la extraña chiquilla, que le había enloquecido, por última vez, en aquella tarde inolvidable para los dos.

VII

Las rarezas de un matrimonio aristócrata.

Adelina Cifuentes era feliz. Mauricio había terminado “La bruja blanca”, cuadro que iba a armar una revolución entre los pintores.

Charito la regaló, el día de su santo, un vestido hecho por ella. Un modelo muy *chic*, una verdadera túnica griega en *crêpe Georgette pailleté*, copia de un modelo de Doucet, que causaba la admiración de sus amigas.

Una mujer más sagaz hubiera comprendido el amor que existía entre Charo y Mauricio, los dos grandes amores de su vida.

Aunque los dos fingían bien, sobre todo la nena era una maestra en el arte del disimulo, las miradas que se cruzan entre dos personas que han pasado una tarde abrazados, tienen un fulgor tan misterioso y tan extraño, que no es preciso ser muy astuto para adivinar, sin equivocarse, cuando una pareja se ha poseído hasta la extenuación.

Mauricio y Rosario seguían viéndose casi

diariamente, poseídos ambos por un fuego inextinguible. La nena era ya verdaderamente sabia, habían recorrido casi toda la escala del amor, pero a pesar de no existir en su cuerpo ningún rinconcito virgen, el pintor seguía deseándola con más furia que antes de poseerla por primera vez.

Hiperestesiado el cuerpo de sensualidad, el espíritu de Heredia, por un fenómeno curioso e inexplicable, volaba más alto. Su sensibilidad en carne viva, después de una frenética batalla de amor, le hacía ver las cosas de una manera más clara, más verdadera y más real. Su mano, dócil a tan extraordinaria inspiración, obedecía, y durante esta época, su obra fué fecunda y admirable. La gloria, que por llegar casi siempre demasiado tarde, rara vez mezcla sus besos con los de ninguna mujer joven y bella, besó la frente del artista, mientras Charito le mordía en los labios.

Mauricio, no obstante, tenía miedo al porvenir. Charito, enferma del raro mal de la inquietud, no podría detenerse mucho tiempo en su camino; se necesitaría un esfuerzo de titán, y él era un hombre. La chiquilla, arbitraria y peligrosa, podría tener en su vida una influencia fatal.

Heredia, hombre tranquilo, que no sabía más que *pintar* y acariciar con su mano de aristócrata, comprendió unos días antes, al verla coquetear con Carlos Luis, el escultor de moda, que su mano, tan chiquita, también podría servir para estrangularla, apretándola el cuello.



• • • • •

El escultor no tenía la culpa, no sabía lo que existía entre ellos...

Charito seguía entusiasmada por su cuñado. Los hombres, desde que Heredia la enseñó a amar, parecía que la deseaban más que antes, debido a las emanaciones de sensualidad que la envolvían. El amor la embelleció, prestando a su cuerpo más lozanía y mayor encanto sensual.

Continuaba yendo al taller, por ser un buen pretexto para verse con Mauricio; además, aquel ambiente de inconsciencia y de alegría la gustaba.

Aquella tarde de mayo, con un vestido rojo, que la daba el encanto de una salamandra, fué a buscar a Carmen del Val. Esta la esperaba en el balcón.

—Anda, baja pronto—la dijo Charito—; para un día que voy a tiempo, no quiero retrármame.

Carmen bajó.

—Chiquilla, estoy loca de alegría, me ha escrito mi novio; me dice que viene el mes próximo, y en seguida nos casaremos.

—Yo también me alegro *horrores*; no olvido que te debo el ser tan feliz y te quiero mucho.

Subieron al taller y se sentaron delante del balcón.

Madame Puget llamó a Rosario Cifuentes.

—Rosario, *ma cherie*, ¿quiere usted hacerme un favor? La modelo no ha llegado aún; además, *le modèle que j'ai besoin d'essaiyer vous ira mieux*. La marquesa de Riofrío no quiere

esperar, es muy buena cliente. ¿Querría usted probárselo?

—Con gusto. ¿Por qué no?

Charito se quitó su vestido rojo y se puso un modelo muy bonito de traje de baile. La tela tenía un tono dorado, casi el mismo de los cabellos de Rosario; parecía que se había encargado una peluca para ponérsela con aquel traje. El cuerpo era muy ceñido y escotado, hasta dejar ver los dos globos de los senos; la falda amplia, imitando las de los trajes de época.

La marquesa de Riofrío hizo un gesto de admiración al ver entrar a Charo.

Era una mujer alta, más bien delgada, con un color de ámbar; los ojos negros, muy brillantes, redondos y pequeños. La boca de labios pálidos y finos; boca pérflida de decadente. Muy elegante, muy *chic*, dentro de su vestido de sastre marrón y con un gran *renard argenté* sobre los hombros.

—¿Este es el modelo, Madame Puget? El tono de la tela es bonito; no es una creación, pero es sencillo y me gusta. ¿El precio?

—La señora marquesa comprendegá—dijo Madame Puget, exagerando la pronunciación—que, por ser una de las clientes más antiguas, puedo cobrarla mil pesetas.

—Bueno; ya me rebajaré usted algo; envié-melo en seguida. Tengo que ir esta noche al baile de la Embajada inglesa.

—¿Se lo prueba la señora marquesa?

—¡Oh, no! Quiero probármelo delante del

marqués; sin dar él su opinión no puedo comparle. Mándeme usted a la modelo, y ella tendrá la bondad de probármelo en casa—. Miró a Rosario, y añadió: —¿De dónde ha sacado usted esta muchacha tan bonita?

—Es hermana de una cliente que quiere aprender para vestirse ella... no sé...

—Sí—dijo Charito, a quien aquel día de sol invitaba más a pasear que a estar en el taller—; yo iré a probárselo a esta señora, y Pili llevará la caja.

—Hasta luego. Adiós, Madame Puget.

Y la marquesa de Riofrio salió majestuosamente.

Charito, seguida de la pizpireta aprendiza, entró, sin cortedad, en el palacio que, en la Castellana, tenían los marqueses de Riofrio, representantes de la más rancia nobleza.

Un criado, con tipo inglés, con la librea de la casa, la recibió.

—Pase usted; la señora marquesa espera en sus habitaciones.

Charo sacó con cuidado el vestido y despidió a Pili.

—Perdone la señorita que pase delante para guiarla.

Atravesaron un amplio corredor lleno de cuadros de famosos pintores de los tres últimos siglos, y el criado dió dos golpecitos en una puerta cerrada.

—Adelante—dijo, con su voz fría, la marquesa de Riofrio.

Charito se encontró en un gabinete Luis XV;

la marquesa, envuelta en un traje color rubí, estaba recostada en un sofá rosa y dorado.

Se levantó rápidamente; despidió al criado y tendió la mano a Rosario.

—Gracias por haber venido; perdóname que la haya molestado. Al principio creí que era usted una nueva modelo de Madame Puget, mucho más bonita y distinguida que las que había tenido hasta ahora.

—Gracias.

—Siéntese y deje el vestido sobre una silla. Yo quiero que sea usted amiga mía—y la acarició las mejillas—; volverá usted a verme y saldremos juntas en mi *Rolls*. ¿La gusta pasear en *auto*?

—Con locura—contestó Charito, un poco inquieta.

—¿Tiene usted familia?

—Sí; una hermana casada, con quien vivo. Mi padre era coronel y murió cuando yo aún era muy niña. Hace seis meses que he salido del colegio.

La marquesa de Riofrio parecía encantada con estas noticias.

—¿Tiene usted novio, hija mía?—la preguntó con voz insinuante la marquesa.

—No—respondió secamente Charito, a quien no gustaba hacer confidencias.

—¿Seremos amigas?—preguntó la marquesa—. Es usted muy linda y parece muy inteligente.

—Sí, señora—contestó muy seria Rosario,

que ya estaba descendo salir a la calle—. Volveré, pero ahora tengo prisa...

—Bueno; pues pruébese el vestido, pase usted a mi dormitorio y déme la nota. Está bien; lo que sobre, para que se compre usted unas flores.

Rosario pasó a la habitación de la marquesa; ésta continuó en el gabinete. Rosario se quitó el vestido rojo y se quedó con su combinación negra. Entonces, como una furia, la marquesa de Riofrio, con los ojos estrábicos y turbios, penetró en el dormitorio.

Cogió a Charo brutalmente por los dos brazos y la derribó en el lecho.

El ataque fué tan brusco, tan inesperado, que la nena no tuvo tiempo de defendérse. Intentó gritar, pero los dientes crueles de la marquesa apresaron sus labios, sirviéndola de mordaza. La chiquilla lloraba de rabia y de impotencia. No podía moverse; los músculos de aquella mujer, acostumbrada a todos los deportes, parecían de acero. Con sus manos, febriles y temblorosas, acarició los senos de Rosario; después, mientras una mano apretaba su boca, los dientes crueles se clavaban en sus senos, dejando en ellos las huellas. La lengua fina y sabia la acarició, después, y fué bajando hasta llegar a la rosa de Venus; allí se detuvo, y Rosario, a pesar suyo, se sintió turbada ante aquella caricia inédita para ella. Iba tal vez a claudicar, cuando un hombre muy distinguido, con ojos azules, que parecían de esmalte, penetró en la habitación.



La marquesa se incorporó. Charito también se tiró de la cama, con las lágrimas en los ojos. Entonces el hombre rubio se acercó a la marquesa y la besó; después intentó besar a Charito.

La chiquilla, fuera de sí, atravesó el lecho de un salto, como una tigresa; buscó con sus ojos, que relucían de rabia, algo con que defenderse. En un rincón divisó un paraguas liliputiense, fuerte y bajo, como los que antes usaban los payasos y que ahora son le *dernier cri*; se apoderó de él.

De un golpe certero, dado en la cabeza del marqués, le quitó de combate; otro golpe bastó para que la marquesa fuese a reunirse con su marido sobre el lecho.

Las fuerzas de Charito se centuplicaban; parecía una posesa del mal del divino marqués de Sade.

—¡Cochinos, canallas!—decía—. Haced lo que os guste, puesto que sois unos degenerados, sin ningún prejuicio; cada uno tiene sus gustos y el derecho de satisfacerlos, por infames que sean; pero a la fuerza, sin contar siquiera conmigo para saber si los comparto, eso no. No me gustan los besos de las mujeres, y los tuyos, odioso aristócrata, no los quiero.

Como una furia seguía pegando, mientras que los marqueses se retorcían de dolor y de placer. Era una escena de aqüelarre, digna de ser reproducida por un pintor loco o borracho de opio.

—Tienes razón—decía el marqués, con voz

plañidera—; pégame, haz lo que quieras de mí, pero déjame besarte una vez en los labios.

La marquesa lloraba y se retorcía como una epiléptica.

Charito, ciega, fuera de sí, siguió pegando hasta que tiró el paraguas, completamente desrozado, en el suelo.

Después salió. Antes volvió la cabecita y vió al matrimonio confundidos sobre el lecho, posándose frenéticamente.

El germen *masochista*, que llevaba dentro, dormido hasta entonces, despertó violentamente con la paliza de Rosario. Ellos tan sólo intentaron haberla poseído los dos; la resistencia de la nena dió una variedad más deliciosa al programa.

Charito, al encontrarse en la calle, respiró con fuerza; estaba indignada. Los besos de la marquesa parecía que la quemaban la piel.

Abrió el bolso y contó el dinero. Mil doscientas cincuenta pesetas.

—¡Qué asco!—pensó—. Creería que a mí se me puede comprar. Mañana se las devolveré en un sobre cerrado.

Empezó a andar por la calle de Alcalá. Una mujer picada de viruelas, envejecida prematuramente y con un niño en brazos, y otro de la mano, la pidió, con voz desgarrada, una limosna.

Charito sacó del bolso los cincuenta duros de la marquesa y los puso sobre la mano, cubierta de roña, de la infeliz.

La mujer la miró asustada; después, temien-

do que fuése una ilusión y que desapareciesen los billetes, cerró el puño con fuerza.

—Pero, señorita, es para mí?

Charo asintió con la cabeza.

La mendiga añadió:

—Que Dios la haga feliz y que la dé salud para ocuparse en tan buenas obras...

VIII

Un artista no puede causar daño.

Aquella noche Mauricio Heredia, acostado cerca de Adelina, sintió un vehemente deseo de poseerla. Los demonios rojos de la sensualidad fustigaron sin piedad su carne pecadora.

Desde el día en que poseyó a Charito por primera vez, Adelina había sido para él una hermana dulce y cariñosa. Dormía a su lado, sin sentir el aguijón del deseo. El saber a la nena tan cerca le contuvo al principio; su deseo se hizo tan impetuoso que no supo resistirle.

Charito, en su cama, se dió en seguida cuenta de lo que pasaba en la habitación de al lado, y su primer impulso, ciego, fué presentarse en el dormitorio y hacer con ellos lo que había hecho con los marqueses de Riofrío.

Su orgullo satánico la contuvo. Tal vez, sin darse cuenta, un poco de ternura hacia Adelina; ello fué que, mordiendo las sábanas del lecho, se quedó dormida, esperando con ansia

que llegase el día para tener una explicación definitiva con el pintor.

Charito le quería. A pesar de esto, por un deseo muy femenino, la gustaba oír las palabras bonitas que la decían, y sobre todo, las de Carlos Luis, el escultor joven e ingenuo, que tanto miedo le tenía al amor.

Mauricio Heredia, en aquellos últimos días había cambiado mucho. Se creía con derecho a exigirlo todo. Ella no podía hablar, sonreír, ni mirar a nadie, mientras él, a su lado, poseía a otra mujer, por el solo hecho de que aquel amor era legal y estaba santificado.

—Es preciso que los dos estemos en el mismo caso—pensó la nena—. Si yo soy sólo de él hasta de pensamiento, porque no he vuelto a mirar con deseo a ningún hombre, me gusta que me halaguen, y eso es todo; él también tiene que ser sólo para mí, de lo contrario, aunque me duela el alma, todo acabará entre nosotros. ¡Pobre de él si se mezcla en mi vida! Yo quise ser buena. Si este hombre hubiera sido sólo mío, su amor me salvaría. Si no... En fin, ya veremos esta tarde.

Mauricio Heredia, con sólo mirar a Rosario, comprendió que la chiquilla se había enterado de lo ocurrido aquella noche. Se entristeció por haberla causado aquel pesar y sintió hacia él un gran desprecio.

—Dios mío, soy odioso! El viento de la sensualidad me mueve a su antojo, como a un pollachinela de trapo.

Charito tenía una expresión seria y decidida; cuando se encontraron solos le dijo:

—Mauricio, esta tarde tenemos que hablar.
—Sí, amor mío—contestó Mauricio, dulcemente—. A las tres, en el estudio.

—No—exclamó Charito con energía—; en el estudio, no; en el Retiro. Quiero que sea—afiadío muy triste—en el mismo lugar en que hablamos de amor por primera vez.

A Mauricio aquella calma le aterró; hubiera preferido los reproches justificados de la adorable mujercita.

—Donde tú quieras, alma mía.

—No profanes con tus labios mentirosos una palabra tan bonita. No me hables si no quieres que todo lo eche a rodar...

La nena salió con el pretexto de irse al taller, y poco después, los dos amantes se reunieron en el Retiro.

Una esperanza brillaba en los ojos dorados de Charito. Heredia estaba pálido. Presentía que aquella tarde sería decisiva en sus relaciones con aquella mujer.

Charito, de blanco, como una princesita de yate, habló la primera. La Simuladora tuvo que recurrir a todo su arte para no llorar de pena y de rabia; su voz temblaba, y aquel hombre se había metido en su alma, y también su cuerpo todo sentía un gran dolor con la posibilidad de perderle.

—Mauricio, después de lo que anoche pasó—aquí su voz tembló, a pesar de su dominio—, comprendo que esto no puede continuar así.



He necesitado una voluntad de la que nunca me sentí capaz, para no presentarme en tu habitación, y decir a Adelina lo canalla que eres.

Mauricio quiso sincerarse.

—Cállate, te lo suplico, luego hablarás. Además, yo he comprendido que te quiero para mí sola, que yo no puedo compartir tu cariño con nadie, y menos con mi hermana. Esto es monstruoso y no soy tan degenerada como tú para poder consentirlo. Mauricio, yo quiero—su voz se hizo suplicante, tierna, acariciadora—que elijas entre ella o yo.

Continuó hablando, como una tentadora sirena:

—Hay otros países, vida mía; sí, mi vida, a pesar de odiarte, después de lo de anoche; vámmonos a ellos. Deja el dinero que has ganado en estos últimos meses a Adelina; yo también renunciaré a lo que mi padre me dejó; con eso ella puede vivir bien, y nosotros seremos felices.

El pintor dudó un momento; luego, con voz llena de lágrimas, repuso:

—Charito, amada mía, más amada que nunca en este instante en que puedo perderte, lo que me propones yo lo aceptaría lleno de placer. No es posible. La compasión me ata a ese ser tan dulce y tan inofensivo, que no ha cometido más falta que la de querernos apasionadamente a los dos. No, Charito, lo de esta noche no volverá a pasar, yo te lo juro; pero no me exijas que elija entre las dos.

Charito, con un cambio brusco propio de su temperamento, habló. No parecía la misma criatura que minutos antes suplicaba al pintor. Sus ojos relucían, dando a su fisonomía un aspecto cruel.

—Bueno; para decirme que la prefieres a mí, no hace falta buscar el bonito pretexto de la compasión. ¡Farsante! Me lo debes decir con sinceridad. ¡No creas que voy a morirme ni a matarme! ¡Hay muchos nombres interesantes en la vida!

—Oyeme con calma, mujer. No es un pretexto. Yo te prefiero a ti; me entiendo contigo mejor, no sólo sensualmente, lo que para mí tiene mucha importancia; nuestras almas son también más afines; la de Adelina es demasiado transparente; además, tu inteligencia me hace también gozar de los placeres del espíritu, que me son tan necesarios. ¡Sería tan bello ir los dos juntos hacia otra vida y otros países!... Bello, pero cruel. No tengo valor para destrozar su vida, que tan ingenuamente me confió; me escalofrío al sólo figurarme la tristeza de sus ojos, tan serenos como los de un niño, cuando supiera la traición de los dos.

—Está bien. Que yo sufra, no importa. Sigue con la *paviosa* de tu mujer. Yo continuaré mi vida...

—Charito, te lo suplico, te quiero con todo mi ser; pero no puedo hacer que exista el fantasma de una vida rota entre los dos; nos traería desgracia. Yo sé lo que te debo; para mí

tú serás mi mujer, mi amante. Adelina puede ser una hermana nuestra.

—¡Una hermana con quien te acuestas cuando te parezca!... No, rico, no—dijo Charito, con desgarro chulesco, aprendido en el taller—. Conmigo no te creas obligado por lo que has hecho—añadió la Simuladora—; nada nos debemos, me gustabas y me entregué a ti, como hubiera hecho con cualquier otro; como lo haré cuando me parezca.

—Ya lo sé—repuso Heredia, furioso—; te entregaste a mí porque llegué el primero. ¡Tan sólo me faltaba oírlo de tus labios! Eres una loca peligrosa; serías fatal en mi vida; querías hacer de mí un guíñapo—dijo exaltándose cada vez más—, y como no lo consentiría, me obligarías a hacer una barbaridad. Ya pude hacerla la otra tarde, y no quiero, no quiero...

—No la harás, hombre, no la harás—dijo riéndose con maldad Charito—; yo soy un demonio y tú un ángel, y por eso no nos podemos entender. Quédate con tu Adelina, y déjame en paz. Deseo que te fijes bien en lo que voy a decirte—añadió, con los ojos relampagueantes—: No te mezcles para nada en mi vida. Jamás hagas alusión al pasado, ni bajo ningún pretexto intentes volver a mí; entonces, te lo juro por mi alma, enteraría de todo a tu mujer.

—Está bien, Charito, como tú quieras. Yo quería tener en tu vida una tutela cariñosa. Siempre y para todo puedes contar conmigo. Una vez más te lo suplico, sigamos como hasta

ahora. ¿Qué daño puede hacerte tu hermana, cuando a quien yo quiero es a ti?

—Estamos hablando demasiado. Mi carácter es extremado en todo, odio los términos medios: *ser o no ser*. Además—añadió con intención de humillarle—, ya me iba cansando de ti. Comenzabas a aburrirme con tus arrebatos místicos, después de los grandes combates sensuales.

—¡No tienes salvación; me das lástima, pobre loquita! ¿Qué será de ti? ¡Es tan peligroso no sentir el dolor ajeno!—exclamó Mauricio, con voz triste.

—Bueno, chico, adiós; recuerda bien lo que acabo de decirte.

Mauricio quiso detenerla, pero ya la silueta blanca estaba lejos.

Era una tarde divina de primavera. Los niños, vestidos con trajecitos azules, verdes, rojos, jugaban y reían. Parecían florecitas vivientes que se hubiesen humanizado.

Mauricio, muy triste, haciendo esfuerzos para contener las lágrimas, se sentó.

Las voces cristalinas y puras de un grupo de nenas llegaban hasta él. Los versos de Carrère, como un sollozo, brotaron de sus labios:

“Las horas se van volando
y apagan nuestros sueños galantes.

Las niñas que están cantando,
no serán nunca nuestras amantes.”

No; ninguna de ellas querría, cuando pudiese amar, besarle en los labios.

Había renunciado a una vida deliciosa y encantadora al lado de aquella mujer que se renovaba diariamente y que, siendo siempre la misma, era tan diferente.

—Un artista no puede producir dolor—pensó con tristeza.

¡Cuánto más fácil es pintar un cuadro que sea una maravilla! Ser artista en la vida, es a veces difícil y doloroso.

IX

El incauto y la Simuladora.

Desde que terminó con su cuñado, Charito comenzó una vida febril, tratando de aturdirse para olvidar a aquel hombre que tan dentro de su alma logró meterse.

Lo primero que deseaba era tener un novio, para conocer el sabor de otra boca, y también para hacer sufrir a Mauricio Heredia, que tanto la humilló, despreciándola por Adelina.

El sentimiento de la compasión que guió al pintor no lo comprendía; para la nena instintiva y con ansias de vivir la vida que había gustado apenas, no había nada más fuerte que el amor.

Las personas y los pueblos jóvenes no tienen casi nunca el sentimiento compasivo. La compasión es moderna hasta en literatura; son los rusos quien nos la han enseñado.

La presentaron a varios muchachos, y a todos

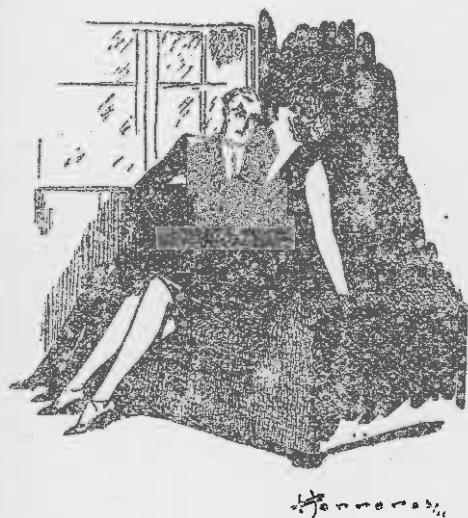
los encontró poco interesantes. La aburrian hablando de fútbol, de boxeo, de las marcas de automóviles.

Rosario Cifuentes ya estaba contagiada del terrible morbo artístico, que tantas vidas ha minado.

Carlos Luis, el escultor de moda, comenzó a interesarse; ella, como una mariposa, era entusiasta de lo que brilla. Por esto se fijó en aquel muchacho, que en plena juventud, apenas contaba veintidós años, ya había tenido triunfos que para sí desearan hombres maduros.

Enamorada de los contrastes, escogió al escultor, mejor que otro ninguno, porque, física y moralmente, Carlos Luis era la antítesis de Mauricio. Muy alto, rubio, con ojos azules y de expresión infantil, ancho de hombros y con bíceps de atleta, su cabeza de patrício romano estaba colocada sobre un cuello grueso y corto de levantino fuerte; moralmente, era crédulo, sincero, con un alma tan serena como sus ojos de niño eterno.

Cuando apenas contaba doce años, antes de conocer el amor romántico y espiritual, ya conocía de nombre todas las lacras del vicio. Su padre hablaba delante del chiquillo de los casos que diariamente pasaban por su clínica. Enfermedades repugnantes y mal curadas que llevaban a sus dueños, en muchos casos, al manicomio. Pero cuando el doctor se exaltaba hasta el frenesí era al hablar del crimen que se comete con los pobres seres que heredan la



enfermedad por el descuido o el placer de los que los engendraron.

Carlos Luis, criado sin madre, y oyendo siempre las consecuencias fatales que podía traerle un momento de placer, abominaba del amor antes de conocerle. Al mirar una boca linda, al mismo tiempo que el deseo de besarla, sentía el miedo terrible del virus que aquella boca podía inocularle; este terror le hizo llegar a los veintidós años sin conocer a las mujeres, más que por las más célebres estatuas. Los críticos decían de él que, siendo su obra maravillosa y personal, era fría.

Al copiar del natural, siempre lo hacía en la sala de Bellas Artes, temiendo a la tentación de una modelo en su estudio.

Se enamoró de Charito, con un amor más bien romántico. Le seducía el saber que había estado siempre en el colegio, y creía por esto que su pureza igualaba a la suya.

La diabólica chiquilla pensó en seguida que aquel muchacho podía ser su marido. Paseaban por el Retiro, y ya Carlos Luis le había robado algunos besos; besaba sin arte, y sus besos no lograban estremecerla.

Carlos Luis le contó su vida, su miedo al amor, y esto la interesó; la curiosidad influyó sobre su imaginación enfermiza y deseó conocer el amor de un principiante. Quería simular ella sola, sin la ayuda del doctor, una nueva virginidad. ¿Para qué acudir al indio, siendo tan fácil engañar al muchacho, crédulo e inocentón? ¡Qué placer pasar por virgen, se

decía, ahora que verdaderamente soy sabia! Ver su cara asustada por el mal irreparable que él crecerá que me ha causado! El solo pensamiento de la simulación la producía un morboso y extraño placer.

La conquistadora fué verdaderamente ella. Fué conquistándolo hipócritamente, fingiendo tan bien, que el muchacho se sentía orgulloso, creyéndose un terrible Don Juan, al ver cómo poco a poco se le iba rindiendo aquella mujer tan guapa y tan *virtuosa*.

Los besos de ella despertaron todos sus deseos dormidos. Deseaba casarse, pero la perfida engañadora le ponía pretextos que él en su sinceridad creía. Charito iba muy poco al taller; las tardes hermosas de primavera invitaban a pasear. Aquella tarde cogieron un 8 y llegaron a la Bombilla.

Antes de salir, Charo se preparó para la segunda simulación. Era preciso, a ella la convenía que fuera aquella tarde; si no, ya no podría ser hasta el mes próximo, en igual fecha.

Se vistió, y, sin cuidarse mucho de su ropa interior—con aquel muchacho no la importaban los detalles—, se puso un traje de crespón negro, un velito a la cabeza, y salió después de lavarse bien con zumo de limón.

El corazón la latía casi tanto como la primera vez que se entregó a Antonio. Pasearon y se besaron mucho. Carlos Luis estaba ebrio de deseo.

A pesar de esto, no hubiera ocurrido nada

si al pasar delante de La Huerta, Charo no hubiera dicho que tenía ganas de tomar algo.

—¿Quieres que entremos, encanto?—preguntó el escultor.

Subieron unas escaleras y se encontraron en un reservado, con una mesa en medio, unas sillas y una *chaise-longue* en un rincón, cubierta con una funda de crudillo. Charito lo encontró feo y muy inhospitalario. A Carlos Luis, teniéndola a ella tan cerca, le pareció un Edén. El escultor, con sus labios finos, comenzó a besarla, con besos rápidos. Estaba congestionado y parecía que la sangre le iba a saltar del cuello. Jugando y riéndose, cayeron los dos sobre la *chaise-longue*. Carlos Luis, con sus manos torpes, cuyo solo encanto era que jamás había acariciado otros senos, acarició los de Charito; después, rápidamente la poseyó. Se hacia un lío, y la nena tuvo que acordarse de su papel de virgencita para no darle algunas lecciones. Dió un grito a tiempo, y unas manchitas de sangre aparecieron sobre la funda de crudillo. Después comenzó a llorar; no fingiendo, sino excitada de haber recibido tantos besos, que la habían extenuado; con esa excitación histérica que sienten las mujeres cuando no han compartido el placer del hombre que las ha poseído, y que respira a su lado tan satisfecho.

La eterna lucha de los sexos aparece en esos instantes más tiránica y avasalladora que nunca.

Carlos Luis intentaba consolar a la nena.

—No llores, alma mía; yo siento mucho haber llegado a esto. Te quiero, si es posible, aún más que antes, y mi solo deseo es casarme contigo, que nada me has exigido para entregarme tu cuerpo hermoso y virgen. Esta noche hablaré con Heredia, y dentro de quince días estaremos unidos para siempre.

La volvió a besar, y la nena se retorcía, esperando que se saciase su deseo. Hubiera preferido menos palabras y más acción. El incauto la besaba con besos castos de esposo, sin lograr apagar el fuego en que la carne sensual de Charito se abrasaba.

La preocupación, la falta de entrenamiento, o la emoción, agotaron las fuerzas nerviosas del incauto, hasta el extremo de no poder lograr, a pesar de su deseo frenético, calmar la sed rabiosa de la Simuladora.

La nena, burlándose en el fondo, se levantó.
—Vámonos, Carlos Luis; me esperan en casa y no quiero llegar tarde.

—Vamos, amada mía, y gracias, muchas gracias, por este don que me has hecho, digno de un dios. ¿Quieres que hable con tu cuñado? Quiero darte en seguida mi nombre.

Charito sonrió, y mientras bajaban las escaleras dijo con burla que pasó desapercibida para el muchacho bueno y sincero:

—No, gracias; ya hablaremos de eso más adelante... Tu nombre es bonito; Carlos Luis va unido a tu obra tan intimamente, que lo mismo que a los artistas del Renacimiento, no se lo puedes ceder a nadie, ni a tu mujer, ni a tus

hijos. Tu apellido no me gusta. Suena mejor Rosario Cifuentes que la señora de González.

El escultor, como todos los espíritus jóvenes, poco psicólogo y nada humorista, no comprendió lo que la chiquilla quiso decir.

Se quedó perplejo; nunca pudo imaginarse que la colegialita, después de lo pasado entre ellos, no le quisiera por marido.

Se encogió de hombros y rió, con su risa ancha de hombre fuerte.

—Nenita, estás nerviosa. No es para menos; confía en mí y duerme bien. Piensa en que yo te quiero mucho y en que el porvenir es nuestro.

—Hasta mañana—dijo secamente Rosario—, y hazme el favor de no presentarte en casa hasta que hablemos tú y yo.

—Como tú quieras—dijo, molesto por el tono de Charito.

¡Pobre incauto! Su torpeza amorosa le hizo perder a Charito para siempre. Si la nena se hubiera estremecido entre sus brazos de atleta, no le habría hablado así.

¡Quién sabe si hasta hubiera aceptado su apellido, por vulgar que fuese!

X

El bilbaino enamorado.

—¿Te ha vuelto a seguir el auto misterioso? —preguntó Carmen del Val a Charo.

—Sí, chiquilla, y me molesta; es una cosa de alucinación. Como un gran pajarraco negro



me sigue. ¡Parece mi sombra! Si cojo un tranvía, él detrás; si entro en algún sitio, me espera. Yo no sé qué pensar.

—¿Estará el *chauffeur* enamorado de ti y querrá intrigarte y tener el gusto de verte?

—No, Carmen; al principio yo me imaginé eso, pero he desechado esta suposición. A veces me he visto obligada, por la aglomeración, a pasar cerca del auto misterioso, rozándole. El *chauffeur*, muy serio y muy tieso, como un monigote de cartón, nada me ha dicho. Comprenderás que si fuera él por cuenta propia quien me siguiese, me hubiera dicho: "Rica, ¿quiere usted que demos un paseo?" O "Me tiene usted loco, vida." Un *chauffeur* no es un abate dieciochezco.

—Chica, pues yo, desde que me lo contaste, estoy intrigada.

—Yo también deseo ver en qué termina esto.

Cinco días después de esta conversación, un día en que Charo iba al taller, al pasar por una calle retirada, el *chauffeur*, muy serio, dentro de su librea azul, se bajó del coche y entregó a la Simuladora un sobre blanco y alargado, con un membrete rojo.

La curiosidad hizo extender la mano a Rosario, para apoderarse de la clave del enigma.

El *chauffeur*, una vez la carta en su poder, partió a gran velocidad.

La nena rasgó el sobre. En el membrete se leía: "José María Altolaguirre. Banquero", y las señas de una calle de Bilbao.

La carta, escrita con una letra muy cursada

y muy igual, denotando un carácter franco y voluntarioso, era concreta:

"Señorita: Un hombre de negocios no sabe escribir madrigales. Me los hubiera escrito un poeta a cambio de unos duros, pero no me gusta mixtificar. Quiero desde el primer instante aparecer tal como soy. Me gusta usted, y deseo hablarla y que me diga el día, hora y lugar en que podré verla.

"Muy respetuosamente a sus pies."

Seguía la firma y las señas de su hotel de Madrid.

Dos días tardó Charito en contestar. El tiempo necesario para enterarse de quién era José María Altolaguirre. La fué fácil, debido a las señas del membrete y a ser Altolaguirre un hombre muy conocido en Bilbao, donde tenía una casa de Banca e infinitud de negocios, que aumentaron enormemente su capital durante la guerra. Era soltero y muy querido en su país.

Estos informes, unidos al misterio de la aventura, influyeron para que la enamorada de lo extraordinario quisiera conocerle.

Se vistió un trajecito de punto de seda azul marino, poco escotado y con mangas largas ajustadas; se puso un sombrerito de paja negro y, sin pintarse los labios ni darse *rimmel* en las pastasñas, salió para verse con Altolaguirre en un café de barrio.

Rosario Cifuentes iba radiante. Con la inquietud que siempre le producía una nueva in-

triga, en la que poder lucir sus dotes de Simuladora.

Entró en el café, y un hombre como de treinta y ocho o cuarenta años, no muy alto, casi cuadrado y muy bien vestido, salió a su encuentro y le tendió su mano enguantada, donde se refugió la de Charito; el vasco la apretó, haciéndola casi crujir, con el orgullo pueril del hombre fuerte que desea que todos se enteren de que lo es.

Algo emocionado, José María Altolaguirre habló. Su voz era dura, como acostumbrada a mandar, pero con la nena tenía inflexiones afectuosas.

—Antes de nada, mil gracias, señorita, por haber venido; temía que usted se arrepintiera o que no encontrara ocasión. Yo deseo hablarla en hombre de negocios; perdóneme si soy un poco brusco. El tiempo que pude perder en las alcobas de las mujeres le he empleado en enriquecerme. Tal vez he hecho mal.

La nena le oía interesada. Lo que más temía era la vulgaridad, y en aquel hombre brusco y franco se adivinaba un *carácter* que le diferenciaba de los señoritos del día.

—¿Qué quiere usted tomar, Charito? ¿No le molesta que la llame así?

—No—dijo Rosario con su voz pastosa de amante—. ¿Por qué va a molestarme? Que me traigan un té con leche.

—¡Cuánto deseaba oír su voz, Charito! ¡Su voz, que está tan en armonía con usted! La voz de las mujeres es una cosa de las que más

me interesan. Cada uno tiene sus manías, y yo no puedo aguantar una voz que me sea desagradable. Cuando oigo alabar a la Venus de Milo, pienso: ¿Cómo tendría esa mujer la voz? Es muy bella, pero yo, con una voz que me molestase, no la hubiera aguantado ni un solo día.

La diabólica chiquilla, sonriendo, exclamó:

—Dice usted bien. Yo tengo catalogadas las voces por colores; hay colores que reposan la vista; otros que la fatigan; lo mismo ocurre con las voces que reposan las fatigas de nuestro espíritu. Las voces de los místicos son blancas; las de los novios, color rosa; las de los avaros, verdes, y las de los que poseen la ira, amarillas.

La Simuladora, a propósito, no dijo que las de los amantes debían ser rojas como la sangre y como el fuego. No quería ni que un solo detalle la vendiese en su papel de virgen ignorante.

José María Altolaguirre volvió a hablar:

—Charito, yo, desde el día en que la vi, sin duda cuando iba usted del taller a su casa, no he dejado de pensar en usted. Como nunca he tenido tiempo de enamorarme, no sé si esto es amor. Mandé al *chauffeur* para que la siguiese y me diera detalles de su vida. Sé que hace poco tiempo que ha salido usted del colegio. La encargada de Madame Puget—con quien he hablado—me ha dicho que tiene usted mucho gusto, y que dirigiendo una casa de mo-

das bien montada ganaría usted un dineral. Yo...

Aquí Altolaguirre se atragantó, y la nena esperaba, riéndose, lo que iría a soltar aquel simpático salvaje.

No era hombre para dudar largo rato, y añadió con decisión:

—Bien. Yo quiero ser su socio; no la exijo nada hasta que usted me quiera un poquito. Busque usted un local donde más le agrade y voy a darla un cheque de ciento cincuenta mil pesetas para los primeros gastos. Es usted artista; a mí me sobra el dinero y puedo hacer su felicidad—añadió para quitarle importancia.

La chiquilla pareció indignarse. Desde el primer momento comprendió la impresión que experimentó el banquero al verla, y se propuso aprovechar su influencia.

—No creí que el haber venido le daba a usted derecho para insultarme, proponiéndome cosas que mi dignidad no me permite aceptar. Además, puesto que está usted tan enterado, debe usted saber que yo tengo una familia y que no puedo hacer lo que quiera. Carezco de fortuna; no tengo más que mi honra—añadió—, y no puedo tirarla porque se le ocurrra al primer banquero caprichoso que me salga al paso.

Se llevó su pañolito de encaje a los ojos y se levantó decidida.

José María estaba consternado.

—Por Dios, señorita—dijo con voz suplican-

te—, no me deje usted. Sea buena y escúcheme unos minutos; se lo pido por su madre.

Su voz tenía inflexiones infantiles. Después, como hablando consigo mismo:

—Si soy un salvaje. Hubiera dado toda mi vida por no ofenderla, y a las primeras palabras la hago llorar. Soy un burro, señorita, un burro cargado de dinero. Siéntese, por Dios, no me haga desgraciado.

Charito se sentó como a la fuerza; la era simpático aquel hombre brusco y fuerte que la suplicaba como un niño mimoso.

—No quise molestarla, Charito. He tratado a muy pocas señoritas y soy inhábil. Perdóname y seamos buenos amigos.

—Bueno—contestó Rosario—, lo olvidaré; pero le suplico que nunca más haga alusión a lo que me ha dicho esta tarde.

—No, Charito, no—exclamó José María, ya más tranquilo, al ver que la nena volvía a sentarse.

Hablaron después de cosas frívolas, y cuando se separaron, José María Altolaguirre, más encaprichado que nunca, la suplicó que volvieran a verse al día siguiente; Rosario se lo concedió para dos días más tarde.

—Las cosas se complican—pensó el vasco—; y yo que pensaba que con mi dinero todo sería coser y cantar. ¡Aún hay virtudes en la vida! ¡Y qué bonita es!

José María Altolaguirre—José Mari, como le llamaban todos—era un domador de la fortuna. La calderilla parecía convertirse en sus ma-



nos, por un maravilloso poder, en lingotes de oro.

Hijo de un minero, desde muy niño comenzó a trabajar en las minas. Su padre le dejó unos miles de pesetas, y José Mari los multiplicó con hábiles jugadas de Bolsa.

A fuerza de voluntad se hizo una cultura, viajó mucho, y como tenía buen gusto personal y le vestían los mejores sastres de Londres, pasaba por persona distinguida.

Unicamente sus manos, basta, curtidas y de dedos achatados, le vendían. Cuanto hizo—masajes, cremas, aparatos—fue inútil. Casi siempre llevaba los guantes puestos; sus manos le avergonzaban, se sentía humillado al vérselas. Hubiera dado la mitad de su fortuna fabulosa por unas manos blancas y finas, de hombre que nunca ha trabajado. Sus manos constituyan para él una obsesión molesta.

“Maestad”, el personaje de *La noche del sábado*, tan sólo conservaba en la pobreza, como recuerdo de su época de esplendor, sus manos blancas como dos azucenas; este hombre, por el contrario, tan sólo sus manos de obrero y de hijo de obreros servían para recordarle siempre su origen humilde.

Tenía la puerilidad de unir sus millones a un nombre ilustre, para que sus hijos heredaran el título y las manos de su mujer.

Las más ricas herederas bilbaínas le hubieran aceptado gustosas, pero José Mari cifraba su orgullo en unirse a una mujer que perteneciera a la más rancia nobleza española.

Charito y José Mari se veían casi todos los días; Rosario le hablaba cariñosamente, pero no había consentido en que la diera un solo beso.

José Mari se enamoró péridamente de ella, con toda la pasión de sus cuarenta años casados, sin otro pensamiento que el de enriquecerse.

Había tenido varias aventuras con artistas y con *cocotías*, que pasaron por sus brazos sin dejarle más que un recuerdo, grato a veces, y siempre unos miles de duros menos en su cartera.

El caso de la chiquilla pobre que guarda su virginidad como un tesoro le emocionaba y le enternecía.

Quiso olvidarla en otros brazos, pero el cuerpo bello y virgen de la Simuladora se le aparecía en todos los momentos, quemándole como un hierro candente.

Rosario comprendía que aquel hombre, rico como un Creso, bueno y crédulo, era el marido ideal.

El tintineo del oro sonaba agradablemente en sus oídos. Era el Rolls, las playas de moda, las joyas sumptuosas; en fin, el marco que necesitaba su belleza.

Mauricio hubiera sido la pasión de su vida; ya que él no había querido, ¿quién mejor que este hombre de aspecto agradable, simpático y que la adoraba?

Ella leía en sus ojos la duda; la quería y la deseaba, pero debía de contrariar algún otro

proyecto, para él muy importante, cuando no la proponía darla legalmente su nombre.

Hacer dudar a aquel vasco enérgico era ya casi una victoria. Charo lo había visto a veces morderse los labios para no pronunciar las palabras que ya habían cruzado por su cerebro, fijándose en él a pesar suyo.

Aquella tarde José María Altolaguirre estaba inquieto. Charito, que tenía la rara virtud de ser puntual, no llegaba; ya hacía tres cuartos de hora que la esperaba, y el vasco, impaciente, mordía el puro con rabia.

—No volverá más—pensó—. Mientras, yo estoy haciendo el idiota sin decidirme. Encontraré un novio y yo me quedaré con mis millones y sin ella. Esto no puede continuar toda la vida...

La puerta se abrió, y Charito, muy encarnada, penetró en el café.

Antes de que José Mari pudiese hablar, la nena se dirigió a él.

—Perdóname, vengo muy de prisa; no quería que se estuviese usted toda la tarde de *plantón*... Creo que me siguen... No puedo volver a verle; se han enterado en mi casa. La gente murmura, y yo, a pesar de que me es usted simpático, no quiero comprometer mi reputación. ¡Es lo único que tengo!

La deliciosa comedianta se enjugó los ojos.

—No llore, Charito—dijo fuera de sí José María—; yo la amo con toda mi alma y quiero casarme en seguida con usted. ¡No volverá

a ver es imposible! ¿Me quiere usted un poquito y cree que podrá ser feliz a mi lado?

La voz de José María era temblorosa; toda su vida estaba suspensa de los labios rojos de la Simuladora.

Rosario le miró intensa y apasionadamente y bajó la cabeza, como correspondía a su papel de ingenua enamorada.

XI

El precio de una virginidad.

Todo estaba ya preparado.

El equipo, digno de una princesita, hacia dos días que llegó de París, donde lo encargó José Mari, deseoso de complacer a Charito.

Dentro de ocho días debía ser la ceremonia; el traje blanco, en *crêpe pailleté*, era esperado de un momento a otro, y las joyas, un alarde de riqueza y de buen gusto, estaban expuestas en una joyería, para *epatar* a la gente aristocrática, por un antagonismo disculpable en el antiguo minero.

Rosario Cifuentes, un día antes de la boda, pensó que quien tenía que prepararse era ella, y una mañana, a las once, con el manido pretexto de ofr misa, se presentó en casa del doctor Indio.

La recibió el mismo criado negro y la pasó al salón que tenía aspecto de capilla ardiente, a pesar de hacer un hermoso día de sol; las

contras estaban cerradas, y en los candelabros—igual que la primera vez—ardían unas bujías perfumadas.

El doctor, vestido con un pijama amarillo bordado en azabache, la hizo pasar.

—Señorita, deseaba volverla a ver por aquí, y tenía seguridad de que usted vendría. ¿Me necesita usted de nuevo? Yo atraigo con una fuerza irresistible. No se ha dado el caso de que una mujer no me haya hecho más que una visita; todas, tardando más o menos, han vuelto a mí. A veces ha ocurrido que la misma mujer amorosa y desdifiada que vino un día a pedirme el filtro misterioso para hacerse amar, vuelve al poco tiempo, suplicándome que la libere, con mi poder maravilloso, del ser a quien tanto deseó.

—Esto no es extraño, doctor—exclamó Rosario Cifuentes—; no es uno más dueño de querer que de dejar de querer. Si es horrible que no nos amen cuando amamos, es también espantoso el ser adorado cuando aborrecemos. ¿Cómo compone usted sus filtros? ¿Emplea usted la sangre? ¿Es cierto su poder?

—Estoy seguro de que la sangre tiene una gran importancia en las cosas misteriosas del amor. Jamás olvidaré una historia dramática en la que yo, sin saberlo, fui el principal autor. Hace de esto algún tiempo. Fué en Francia. Una chiquilla de catorce años vino un día a buscarme. Estaba enamoradísima de un muchacho dos años mayor que ella, compañero suyo de Instituto. "Doctor—me decía ingenua

y suplicante—, haga usted que se me declare y que se case conmigo." Tanta confianza y tanto amor me enterneceron. "Bueno, señorita—contesté—, esto es fácil. El muchacho a quien usted ama ¿es visita de ustedes?" "Sí—contestó la muñequita—, es amigo de mi hermano y a veces merienda con nosotros. ¡Pero no se fija en mí!" "No se apure. Va usted a comprar unos *coquelicots*—caramelos encarnados—, y el día que la sea a usted posible los tiñe con su sangre. ¿Me entiende usted?" La niña me dijo que sí, y la esperanza brilló en sus ojos. "Hecho esto—añadí yo—, usted le da al muchacho a quien ama un caramelo rojo, y cuando se casen, si es usted feliz, recuérdeme alguna vez." Hasta aquí, señorita, nada tiene esto de extraordinario; es un medio muy conocido, casi popular, que yo he recomendado mucho. Lo espantoso viene ahora. La nena, unos días más tarde, tiñó los caramelos y se los ofreció a su amado. La fatalidad hizo que su padre estuviera presente y tomase también uno. Al poco tiempo la tuvieron que sacar de su casa, porque el padre—un notario bueno y equilibrado hasta entonces—se enamoró perdidamente de ella.

—Sin duda tendría madera a propósito—contestó Rosario.

—No lo sé, es posible; pero el morbo, si existía, hubiera permanecido dormido, sin el fatal *coquelicot*, durante toda su vida. ¿Qué desea usted? ¿La fué útil mi ciencia?

—Sí, doctor, muchas gracias. Ahora voy a casarme y es preciso que mi marido crea en

mi virginidad. Ya no volveré a molestarle para esto—dijo sonriendo la Simuladora.

—Hace seis meses que vino usted por primera vez—exclamó el doctor—. ¿Ha amado usted mucho durante este tiempo?

Charito asintió.

—Entonces la simulación es más complicada y más difícil. Tendremos que recurrir a la *piel de rana*.

El doctor llamó. Habló unas palabras en su idioma con el criado, y a poco éste volvió a entrar, trayendo en una pecera llena de agua al animalito que debía ser sacrificado.

—Echese sobre ese lecho de terciopelo negro—dijo el Indio—mientras yo quite la piel a este pobre bicho.

Charo se tendió, y volvió la cara, para no presenciar la operación. El doctor quitó la ligera película que recubría el cuerpo de la rana, y la extendió sobre una placa de metal. Luego humedeció los bordes en un líquido verdoso, y dijo a Charo:

—Prepárese, señorita; voy a colocarla la piel de la rana.

El doctor manipuló unos instantes; después levantó la cabeza satisfecho.

—Ya está todo arreglado. Es un procedimiento de mi invención, poco doloroso y muy eficaz. Al rasgarse la pielecita, como va pegada en los bordes, brotará sangre, y su marido de usted jurará que ha sido él su iniciador. Estamos en el plano de la Ilusión. ¡Ilusión o Realidad!



dad! ¿Qué importa si creemos lo que nos es más agradable?

Los muslos de Charito se recortaban sobre el terciopelo negro con el blanco azulado. El doctor bajó la cabeza y los besó con labios de fuego. No supo, no quiso resistir al encanto sensual de la Simuladora. Siguió besando, y su lengua sabia hizo entornar los ojos a Charito, estremeciéndose de placer.

—¡Por Dios, doctor!—exclamó, ya vencida—, va usted a tener que sacrificar otra rana!

El doctor sonrió.

—No, señorita; soy hombre de recursos. ¿De qué me serviría toda mi ciencia si fuese un ignorante en amor?

Tomó entre sus brazos de hierro el bello cuerpo de Charito, y le colocó a su gusto sobre el terciopelo negro del lecho turco; después, como un gato gigantesco, saltó sobre ella y la poseyó frenéticamente, mordiéndola en la nuca.

Muy correcto, como si nada hubiera ocurrido, el doctor Indio ayudó a Rosario Cifuentes a levantarse y la puso el abrigo.

—Adiós, señorita—dijo con su voz un poco cantarina—; no la guardo rencor aunque me ha estafado; casi siempre cambio una virginidad por otra que tiene el encanto de lo prohibido. ¡Esta vez he llegado demasiado tarde! A pesar de esto—añadió el Indio—, si en su nuevo estado necesita usted de mis servicios, siempre a su disposición.

Hizo una reverencia muy siglo xviii y cerró la puerta silenciosamente.

XII

Una virginidad vale bien un nombre.

La iglesia de la Concepción era un ascua de oro. La desposada, vestida de blanco, parecía una azucena desprendida del altar de María. Su diadema de azahar la prestaba un encanto virginal. Por un capricho de Altolaguirre no lució ninguna joya; el vasco quiso que el azahar fuese su único adorno. Por ser el símbolo de la virginidad, era el solo digno de ella.

Estaba orgulloso.

—La mujer que es casta de soltera tiene que ser una esposa modelo—se decía.

Antonio y Mauricio Heredia y Carlos Luis, que estaban entre los invitados, tenían cada uno la preocupación de lo que haría Charito en su noche de bodas.

Mientras los novios salían pisando las hojas y flores de naranjo que cubrían el suelo como una alfombra, y los sones litúrgicos del armónium se oían tocando la marcha nupcial, los ojos felinos del doctor Indio brillaban con burla y sonreían mafistofélicamente...



¿Qué es

El Folletín Divertido?

EL FOLLETIN DIVERTIDO

es una serie de novelas graciosas, ligeras y amenísimas, las mejores en su género, de toda la literatura mundial, la mayor parte no conocidas en España. Las firmas de Pigaule Lebrun, Paul de Kok, Touchar Lafosse y tantos otros desfilarán por sus páginas llenas de humorismo, gracia y optimismo, salpicado todo con una leve picardía de buen gusto.

El primer número, que aparecerá a mediados de octubre, se titula

EL ABATE SIN PENAS

modelo de novela divertida, como corresponde al título genérico de

EL FOLLETIN DIVERTIDO,
original del gran escritor francés
PIGAULT LEBRUN.

Traducción del eminent literato

JOSE BRUNO.

Magnífica portada de Vázquez Calleja.
80 céntimos una novela completa de más de
120 páginas.

No deje de comprar este primer número de
EL FOLLETIN DIVERTIDO,
y quedará satisfecho.